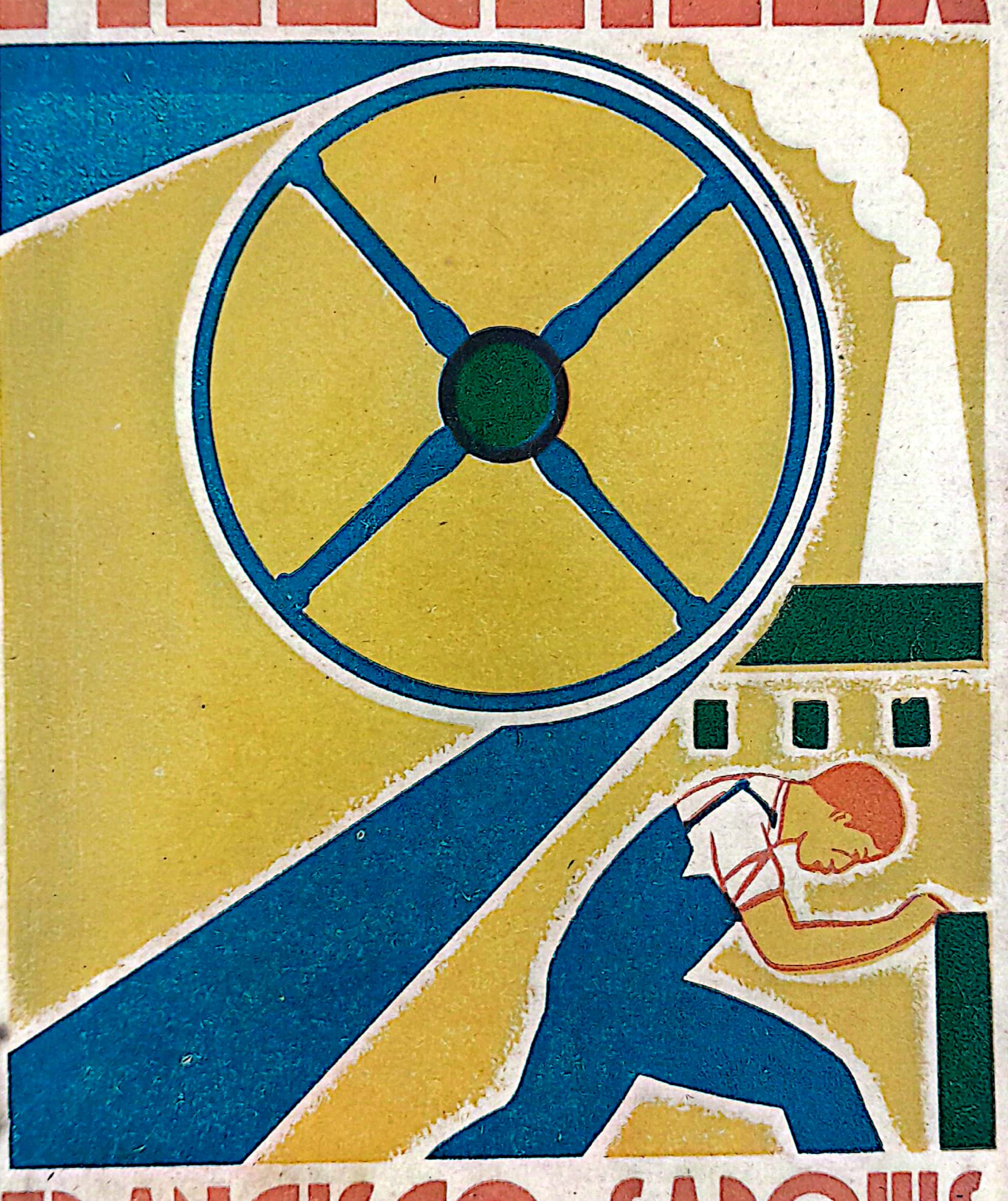
MEZCLILLA



FRANCISCO SARQUIS

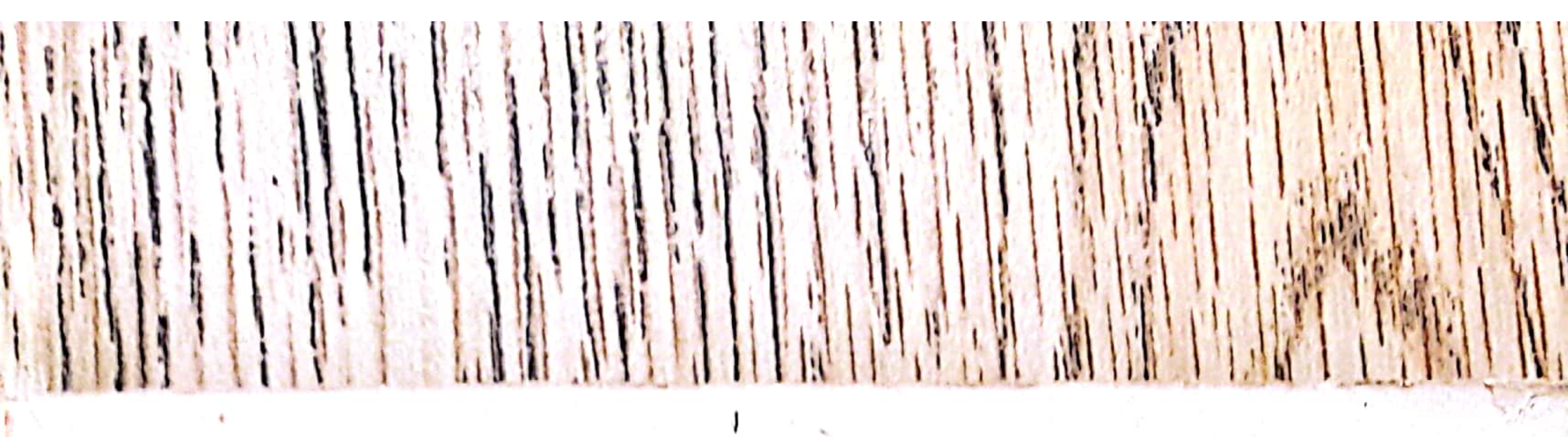
MEZCLILLA

francisco SARQUIS

MEZCLILLA

novela proletaria

editorial gleba
Jalapa, Ver., Méx.



Después de "Grito" (el libro de cuentos de protesta de Francisco Sarquís) GLEBA, la editorial venida a la lucha como elemento de combate, presenta a los lectores el resultado de su nuevo esfuerzo: "MEZCLILLA", novela proletaria que baja a los "círculos infernales" que la burguesía pretende ignorar, para decirnos como se incuba en los sectores de explotación la nueva conciencia de las masas..

Francisco Sarquís expone esta nueva pro-

---

viva lenin!

—.....Camaradas: La Federación Obrera Mexicana es el resultado de nuestra revolución. El obrero caído en la lucha, el obrero explotado vilmente por el patrón que le exprime hasta la última gota de su sangre en aras del afán capitalista; el obrero que acaba su vida sin ilusiones, víctima de la inquina burguesa; el obrero que hasta la fecha no tenía esperanzas de surgir: debe de unificarse, venir a nosotros que con los brazos abiertos recibimos corazones nuevos y nuevos cerebros.

El orador hizo una pausa y prosiguió. Sus palabras afónicas, destempladas, lastimaron nuevamente los recios tímpanos.

—Hay que formar parte de nuestra FOM que garantiza el bienestar del conglomerado trabajador en la lucha que ha declarado al capital. Camaradas: La Federación Obrera Mexicana, es la tabla de vuestra salvación. Viva la F. O. M!

Al unísono, tres mil gargantas prorrumpieron en un grito de asentimiento.

—Vivaaa!

Fué una modulación ronca y opaca donde resaltaron los sonidos tipludos y chillones de las obreras. De pronto el silencio se hizo como una maravilla; pero solo fué un instante y las seis mil manos callosas se hirieron largamente en el aplauso.

Era la manifestación mejor organizada del año que significaba la fuerza social que la F. O. M. adquiría poco a poco en los obreros.

Estandartes roji-negros salpicaban como gotas de sangre el manto amarillen-

to de los sombreros de palma, mientras el grupo de obreras con sus cabezas grasosas descubiertas, semejaban cuentas negras engarzadas en el oro transparente de la luz.

Con ondulaciones lentas, de sierpe satisfecha, la manifestación siguió su ruta para hacer más adelante otra parada. En la esquina, dos obreros arreglaban rápidamente los cajones de petróleo —rústica tribuna— donde otro camarada improvisándose orador, lanzaba a los vientos sus roncos alaridos que querían ser palabras cuajadas de protestas.

Atravesaron las calles llenando el ambiente con sus gritos reforzdos por el chirriar constante de los autos que enfrenaban y los claxons que aturdían mientras algunas botellas de alcohol que circulaban en los grupos, alegraban las miradas.

La masa se detuvo frente al Palacio de Gobierno; en un instante se llenaron las gradas de la Catedral mientras la multitud en un lento oleaje, desparramaba sus olas humanas en el portal, en las aceras, en la calle.

La burocracia suspendió un momento su sueño en la oficina para asomarse a los balcones; las casas de comercio cerraban sus puertas temerosas de algún saqueo; las madres regañaban a sus hijas-bien, que curiosas, asomaban sus negras ojeras y contemplaban el ruidoso espectáculo desusado en la ciudad burguesamente callada y triste; las campanas de Catedral tremolaban canciones de bajo profundo, tenor y contralto mientras un estudiante normalista trataba de hacerse oír inútilmente.

Un poco apartados del barullo y sin que nadie les hiciera caso, dos obreros del G.O.C. platicaban:

—Yo no creo en la F.O.M. —dijo uno de ellos; y cerciorándose de que era escuchado, continuó:— Nosotros somos rojos, ellos son amarillos. Cualquiera diría que nuestros ideales son los mismos, pero es imposible. Nosotros atacamos la propiedad y el capital; ellos quieren componendas con nuestros explotadores...

—Camaradas: —decía en esos momentos un orador fomista. Nosotros vamos a la lucha en favor del ideal obrero; queremos mayores salarios, menos horas de trabajo; que el obrero sea considerado como hombre y no como una bestia...

El comunista chileno del G.O.C., explicaba:

—Nuestra lucha es distinta. Tratamos de eliminar la propiedad como ente de derecho pues debe ser de utilidad social; tratamos de apoderarnos de las tierras,

de las fábricas, y establecer la dictadura proletaria, que asegure nuestra lucha.

—Sí, —respondió Manuel Velasco, su interlocutor— Nosotros somos rojos; ellos son amarillos. Ellos quieren marchar de acuerdo con el capital respetando a la propiedad. Nosotros tratamos de recuperar lo que tuvimos y tenemos derecho de poseer. Ellos son demócratas, nosotros, socialistas.

Velasco frunció el ceño; hizo un mohín de fastidio y asentó:

—Bah! A la larga el triunfó será nuestro.

Leoncio Cruz, su compañero, le interrumpió para señalarle al Gobernador que salía al balcón del Palacio; y Velasco, levantando la cara para ver al barrigudo general, Primer Magistrado del Estado, repitió su mueca y escupió.

—Cochinos servidores del capital. Me dan asco! Vámonos.

Cruz rió con toda su boca. El rostro se le llenó de arrugas y cogiendo el brazo de su compañero trató de salvar el obstáculo humano.

El orador de la F.O.M., afirmaba enérgico:

—...afortunadamente tenemos en el gobierno hombres dignos de nuestra confianza que luchan incansablemente por el triunfo de la masa obrera que los llevó al poder...

Manuel Velasco no se contuvo y agresivo, brutal, lanzó una estruendosa trompetilla que vibró en el ambiente de la muchedumbre calladamente auditiva.

Las caras giraron en círculo; los ojos buscaron en silencio el autor de tamaño desacato y el orador, indeciso, buscaba en su cerebro la palabra del discurso que se le había olvidado.

Se oyeron voces de protesta y algunos corrieron al imaginarse un zafarrancho. Velasco levantó la faz burlonamente insultativa y su aspecto decidido y pícaro infundió respeto.

—Viva Lenín! —gritó con voz potente, inoportuna, y se perdió con Leoncio en el mar de blusas azules y sombreros amarillos.

El orador fomista se había callado pues no encontraba la frase perdida; los manifestantes, extrañados por su actitud y sorprendidos por el grito de Manuel, se inquietaban.

Un murmullo tenaz acompañado de movimientos de alarma se apoderó de la muchedumbre espectante, y el orador, más colorado que un tomate, abandonó la tribuna. El Secretario General le pedía explicaciones por su conducta y la gente se interrogaba con los ojos.

La situación embarazosa fué milagrosamente salvada cuando un briago lanzó su grito ronco, opaco, destemplado:

—Viva la F.O.M.!

Y como si eso únicamente se esperara, los obreros ocultaron su incertidumbre en un grito corto, seco, como gruñido de macho en celo que reta furibundo a su rival:

—Viva!

obreros comunistas.

—Camaradas: —está diciendo Leoncio Cruz a los miembros del G.O.C.— Son ustedes los que han oído el llamado. Los demás? Cobardamente se atrincheran en las barricadas capitalistas. Dónde están los líderes agrarios? Dónde están los otros compañeros? Han claudicado! Han transigido de una manera cobarde y nos abandonan. Qué hacer?

La camarada Estela se agita inquieta en su banca.

—También no hacemos nada efectivo. Orden. Orden. Para qué sirve? El Grupo Manos Fuera de Nicaragua, se contenta con gritar en el salón la defensa de Sandino. El Partido no obra, no agita. Estudios? Para qué? Hemos analizado todos los problemas obreros, comprendemos la necesidad de la lucha en contra del imperialismo; pero de nuestras cuatro paredes no salen las voces.

Leoncio Cruz se ha quedado estático. Por las palabras de la compañera o por las lindas manos que se mueven nerviosas azotando el aire?

—...los líderes agraristas nos abandonan porque el gobierno les ha dado "hueso". Por eso nos vamos a declarar vencidos? No! Hay que luchar. Hacer efectivos nuestros anhelos. Desenmascarar a los hipócritas. Huír... escon-

derse... Ya basta! El gobierno nos persigue? Nos maltrata? No importa! Adelante! Siempre adelante!

—Pero en concreto, qué se hace? —pregunta Fidencio, el obeso camarada.

—Eso ej! Qué hacemos?

—Los compañeros Fidencio Martínez y Guadalupe Rodríguez preguntan? Bien! El Secretario General debe responder.

Manuel Velasco se sacude su alborotada melena.

—Agitar. Agitar. He aquí nuestra obligación. El imperialismo yanqui extorsiona a los pueblos débiles. Bien. Ataquemos al imperialismo pero no aquí, sino en la tribuna y frente al pueblo. La expansión industrial de Estados Unidos relega al olvido sus motivos políticos y se afana por conquistar basamentos económicos. Para el afianzamiento de su capital, Puerto Rico, Filipinas y Hawai

han sido anexados de una manera brutal; intervienen en la política de Cuba ejerciendo una especie de protección hipócrita, en Nicaragua asesinan a los rebeldes que se oponen a ellos. Han conquistado Santo Domingo y Haití, se apoderaron de Panamá. Para qué? Para proteger únicamente sus intereses. No es en sí el pueblo Estadounidense el culpable, los criminales son los refugiados en Wall Street. La riqueza de ellos se acrecentó durante la guerra; necesitaban hacer producir a esos capitales apoderándose de todos los mercados extranjeros: México es uno de ellos. Para qué hablar del omnimoso tratado de Versalles? Para qué de las intervenciones Americanas? Todo es consecuencia de la necesidad económica que lucha en busca de oportunidades para la inversión del capital. Trabajamos en su contra, que al caer, arrastrará consigo no tan sólo

al poder financiero, sino al militar, al naval, en una palabra, al régimen. Es una vergüenza observar como, a pesar de que la riqueza mundial aumenta, la gente se muere de hambre. Solo unos cuantos la acaparan.

—Sí, camarada Velasco, pero es de notarse la ingerencia descarada que Estados Unidos ejerce en la política de México y los demás pueblos hispanos. No debe ser éste el punto principal?

—No. Mientras sus mercados se encuentren abiertos y sus capitales perfectamente asegurados, a Estados Unidos no le importa el aspecto político. Oro, oro, Es su ley!

—Del sistema capitalista brota como una consecuencia, la lucha de clases. El régimen, dentro de un individualismo egoísta, defiende los intereses imperialistas con detrimento del proletariado.

El proletario que es el mismo aquí que en Panamá, que en Estados Unidos, que en Europa, tiende por lo tanto, a unificarse para luchar en contra de ese capital que lo explota. Se está formando una conciencia de clase y la internacionalización proletaria se hace una verdad tanto desde el punto de vista económico, como espiritual. Así pues, si nuestra lucha es una, dividida en dos facciones, trabajemos de una vez. No tan solo en los periódicos que pocos leen sino con nuestra palabra. Tenemos que preparar el terreno, abonarlo bien para que al estallar la Revolución Social, encuentre brazos y cerebros. He aquí nuestra misión! La clase media se nos une; hay que atraerla más. Los intelectuales nos ayudan. Alguien propone alguna norma de conducta?

Fidencio Martínez ha pedido la palabra. Mueve sin cesar su cuello de toro y su voluminoso vientre se agita.

—Y las mujeres? Hemos descuidado a este posible elemento. Acaso no son camaradas? Que Estela se encargue de agruparlas.

—Bien!

—Efectivamente. Pero la mujer proletaria, sin educación, fanatizada religiosamente, sin anhelos, con el fatalismo de la raza, es, en estos momentos, casi un estorbo.

—No. Preparémosla. Acaso no tienen cerebro? Las generaciones futuras serán mejores si mejor es la mujer. Es indudable la influencia poderosa que ejerce la madre en el cerebro del niño. Eduquemos a la mujer, agrupémosla!

La discusión continuó ordenada. Volvieron a tratarse los problemas obreros y los campesinos. Se acordó la formación de Brigadas Rojas y la sesión terminó como todas. El grupo se deshizo lentamente y con recelos. La policía em-

pezaba a buscarlos por bolcheviques trastornadores del orden público...

estela se asusta.

—Me permite que la acompañe?

—Con mucho gusto, Leoncio, iré segura y contenta con usted.

Leoncio sonrió y la tomó familiarmente del brazo y mientras Estela se estremecía por una causa misteriosa que empezaba a adivinar, Guadalupe se les quedaba viendo, envidioso, imaginándose el cuerpo esbelto de su camarada.

—Oh! qué jembra! —murmuró.

—Como pa una noche —agregó uno que oyó el susurro.

—Vamos a hacer una noble labor —decía Estela a su acompañante— aunque me temo que muchos caerán en la lucha que ya se presenta cruda.

—No importa, Estela, la causa necesita mártires. Ojalá seamos unos de ellos.

—¡Que te aproveche! —Y Estela rió con risa de cascabel agitado febrilmente.

—Ha de ser algo noble convertirse en mártir de una causa. Por eso la leyenda de Jesús es hermosa.

Cruz miraba las manos de Estela a cada instante con tanto arrobamiento, que se perdía del mundo.

—Qué le ve tanto a mis manos, Leoncio?

—Oh Estela! Perdone. Es algo fuera de mí. Pero tiene usted unas manos tan lindas...

Y Estela volvió a llenar el ambiente con su risa de plata golpeada.

La pareja llegó a su destino. La casa de ella. Cruz, con la cabeza gacha y un color rojo subido en las mejillas y Es-

tela, intrigada, inquieta, con ardor de orejas. Amaba a Leoncio? Leoncio la amaba?

Estela invitó a su acompañante a que penetrara en su cuarto, pobre, destartalado, pero limpio y arreglado con la coquetería propia de un cerebro femenino. Un ramo de flores alegraba el cuartucho con su nota policroma de vida.

Leoncio, por primera vez, la miró retratándose en sus ojos, y, sin contenerse, apresando las suaves manos de la camarada, las cubrió de besos. Estela no se rió. Cobardemente dejó que Cruz la besara y acercó su faz calenturienta, buscando otra caricia.

—Estela, —exclamó Cruz— cómo me gustan sus manos! Yo adoro las manos bellas como las suyas. —Y sin hacer caso de la mirada suplicante de su compañera que pedía a gritos una caricia

más, y un beso sexual en sus labios trémulos rojamente encendidos como la bandera del partido, Leoncio continuó— No me importan tus ojos, ni tu boca, ni tu cuerpo, ni tu sexo: Quiero, adoro, venero tus manos.

Y cuando extrañada, Estela se dejó caer en el amplio catre, Cruz tomó el ramo de flores, martirizó los pétalos rosados y cubrió con ellos las manos largas donde la media luna blanca de las uñas coquetamente pulidas, arrojaban destellos blanquecinos mientras Estela dejaba irritar su ojos rimelados con la cascada de sus lágrimas .

recuerdos.

—Camarada Estela, debe usted de proceder inmediatamente, nadie duda ni sospecha de usted; muévase, el par-

tido cifra todas sus esperanzas en la actividad que despliegue.

Estela arrugó el ceño; tenía que ir al cuarto de Leoncio y entregarle los papeles que el Secretario General le encomendaba. Venció su antipatía. Sacó fuerzas de su flaqueza de mujer, y despidiéndose de Velasco, marchó a desempeñar su comisión.

La calle principal, atiborrada de empleados que dejaban su trabajo en las oficinas gubernamentales para ir al refrigerio, tenía el aspecto de siempre. Las charlas insustanciales salpicaban sin interés el chap, chap, continuo de los pasos presurosos.

Estela, con sus piernas acostumbradas al subir y bajar constante de las avenidas empinadas como largos toboganes, se dirigió a la casucha miserable donde Cruz pernoctaba.

Atravesó el amplio zaguán destartalado, para encontrarse en el sucio patio vecinal. Cuartuchos iguales con sus letras negras y chuecas: A, B, C, D, E,— Lavaderos carcomidos por el constante fregar de ropa. Depósitos de agua descubiertos, lamosos, donde se desarrollaban larvas de mosquitos; y en un costado, cuatro retretes pestilentes, infectos, donde los papeles arrugados de periódicos, después de llenar su cometido, se amontonaban tumultuariamente. Alguna inscripción grosera hecha con lápiz plomo con sus letras mal hechas, disparejas, semejaba un desfile sin disciplina:

"Por muy valiente que seas
o por muy macho que te hagas...

Desordenadamente, sin separar renglones, seguía la cuarteta en letras más desiguales, más enérgicas, donde el lá-

piz, rayando la pared de caliche, continuamente sucia, imprimía recio el chiste bajo:

"...cuando vienes aquí, cagas
o cuando menos, te meas..."

Dibujos obscenos. Peste inaguantable. Mujeres despeinadas que arrastraban tableteando en el piso sus viejas chanclas; chiquillos desnudos y sucios que semejaban pelotas de fútbol con sus abultados vientres. En la accesoria "E", un artesano zapatero, golpeaba sin cesar la suela dura y tiesa, como lámina acerada; y en la "F", un chamaco ensuciaba la desportillada bacinica.

Gritos de niños juguetones; voces chillonas de mujeres cuenta-chismes, que solicitaban "una ramita de epazote para el caldo" o regañaban al niño malcriado que pedía un "cacho" de pan.

La vivienda de Leoncio era el cuartu-

cho "G", el más limpio, el menos mal oliente. Estela, tapándose con sus finos dedos las ventanillas de su naricita roma, cruzó el patio entre miradas curiosas, interrogantes.

La puerta estaba entornada, tocó quedamente con los nudillos, luego más fuerte y al no recibir respuesta, se atrevió a abrirla. Cruz no estaba. Sus ojos se movieron inquietos, presurosos; no reparó en la mesa rota ni en el catre sucio; no se fijó en los cajones de alcohol que hacían veces de cómoda, ropero, buró; sus nerviosas miradas recorrían las cuatro paredes adornadas por infinidad de cuadros curiosamente clavados.

Eran retratos de manos morenas y blancas: unas, cortas; otras largas; las de más allá huesosas.

Manos!... manos! ¿Qué era Cruz? Y Estela confirmó la sospecha que na-

ció en su mente desde el día en que Leoncio despreció su boca, su cuerpo, por sus manos bellas, cuidadosamente arregladas. Qué extraño era eso!

—Sí. Son retratos y dibujos de manos femeninas.

Estela se volvió. Detrás de ella, casi tocando su hombro, la barba partida de Leoncio, se movía temblorosa.

—Es mi defecto —prosiguió Cruz.— Varias veces he querido quitar de mi cerebro esta obsesión continua, impertinente.

Estela no respondió a sus palabras. Le miró con desprecio.

—Aquí le manda Manuel; son instrucciones.

Y depositando en la mesa coja los papeles instructivos, abandonó el cuarto; atravesó el patio y salió a la calle. Leoncio la contempló callado, su cara se tornó lívida; sus dedos se crisparon.

Estela, ya en la angosta ruta empedrada, respiró con fuerza. Se convenció de que el camarada Cruz era un degenerado sexual. Pero... qué le importaba a ella? Había visto tantos casos..! Y recordó aquella aventura con Griselda, su compañera en la Escuela Industrial.

Había sido una mañana de abril cuando ella se inscribió. La recibieron bien sus compañeritas pobres como ella. Las ricas, que lucían sus amplios vestidos de seda y usaban delantales de flat-crep en la clase de cocina, le voltearon la espalda despreciantes y groseras.

—La industrial se está volviendo una escuela de "peladas" —murmuró alguna.

Pero Griselda, la rica Griselda, no la desdeñó como las otras. Ella la abrazó, la besó largamente en la mejilla.

—Qué linda eres! —fueron sus primeras palabras.

Griselda le sirvió de cicerone, le enseñó todos los cuartos, los distintos departamentos y hasta el Salón de Actos, donde el retrato de una señora seria y fea, hacía reir a carcajadas. Griselda se volvió su compañera inseparable. Un día le preguntó si tenía novio.

—No, —le dijo Estela— nadie se fija en mí.

—Pues cuando se fijen, no les hagas caso, son muy malos.

Y Griselda le contó la triste historia de una muchacha abandonada.

—No sé por qué hemos de necesitar a los hombres —le dijo— cuando la mujer puede ser feliz, mucho más feliz sin él.

Estela supo que Griselda odiaba a los hombres; por qué? Lo comprendió una tarde cuando su compañera la besó

más amorosa, más ardiente en la semiobscuridad de su cuarto. Esa vez Griselda le habló de amor, de su cuerpo, de goces extraños, de la maldad de los hombres rasposos y peludos. Y ella se excitó con su voz suave y persuasiva, con sus caricias inquietas y ardientes.

—Llámame Juan —le susurraba.— Llámame Juan, Estelita de mi vida!

Y cuando después de aquel momento de locura, se dió cuenta de la tragedia sexual de su amiguita, cuánto asco le dió! ¡cuánta respugnancia no le tuvo!

Huyó de ella, pero Griselda, tenaz, incorregible, cada vez que se encontraban, le suplicaba, le gemía, le lloraba. A veces recibía cartas ardientes, extrañas y locas; y era Juan, siempre Juan el que firmaba.

Dió parte a la Directora, una señora que escupía al hablar, y que la insultó furiosa:

—Miserable! Cómo te atreves a decir eso? ¿No sabes que es la hija de Don Justo, el dueño de la "Casa de Oro"? Griselda no es ninguna "pelada" como tú!

Y desde entonces, odió con toda su alma a las señoritingas presuntuosas que ocultaban sus estigmas tras la careta de una clase aristócrata llena de podredumbre; y odió más a los "pelados" como ella, que eran serviles "tapaderas" de sus apetitos, cuando la Directora decretó su ignominiosa expulsión por difamadora y peligrosa para la reputación de las damas que honraban el plantel.

principios.

—Camaradas: —decía Velasco en la reunión del G.O.C.— Como Secretario General del Grupo de Obreros Comunis-

tas, me he tomado la libertad de hacer una circular para el mitin del día seis. Antes de que el camarada Cruz la lleve a la imprenta, les suplico sugieran algunas modificaciones pertinentes.

—Yo creo —dijo Carrión— que no debemos definirnos de una manera tan clara como se hace en la circular que el camarada Velasco me enseñó hace días. Seguramente los líderes de la F. O.M. tomarán cartas en el asunto y son capaces de jugarnos alguna mala partida.

—El camarada Carrión tiene miedo? —preguntó Cruz.

—No compañero. Mi parecer es el de que se oculte nuestra verdadera personalidad, para que concurra el mayor número de obreros, aunque sean fomistas convencidos. Nuestra obra será de persuación, como el camarada Velasco nos ha repetido tantas veces. Opino que la

astucia debe ser elemento esencial en nuestras actitudes; no quiero hipocresías, pero busco la seguridad. Inventemos el nombre de una organización libre, cualquiera que ella sea; invitemos a los grupos obreros a un mitin "sobre la actitud que debe seguir en su lucha"; demos en el mitin la cara como comunistas y tratemos de convencerlos. Estamos en los momentos más propicios; el obrero necesita mitines y conferencias, las desea después de tanto tiempo en que durmió con la bota del patrón pegada al cuello; y por eso me permito augurar un éxito rotundo.

Carrión ocupó su asiento. La mayoría asintió sus palabras en un corto aplauso.

Cruz se movió inquieto en su banca y sin esperar que el presidente de debates le concediera el uso de la palabra, espetó sus frases radicales:

—Eso es una cobardía! ¿Por qué hemos de trabajar solapadamente? Opino que este Grupo, con la valentía que lo ha caracterizado, dé el frente con la cabeza en alto. Así sabremos que los que vayan al mitin, irán, si no convencidos, al menos dispuestos a escuchar nuestras palabras.

—Eh! Tú, valiente! Nos quieres llevar al fracaso?

—Trata de que vaya a la cárcel!

—Cobardes!

—Estúpido!

La discusión se hizo acre, imposible. En un momento el salón de sesiones se convirtió en un campo de Agramante. Las palabras se cruzaron como proyectiles de calibres distintos. Ya era la voz rugiente y ronca de Leoncio, que sonaba a brusco cañonazo, la dulce como favonio, que brotaba de los labios de Es-

tela, o la ametralladora continua de la garganta de Velasco.

Las manos se agitaron en el espacio en giros raudos. Los recios zapatones lastimaron el piso. Gritos desordenados y voces que parecían gemidos. Frases que ordenaban y palabras de súplica.

Velasco se impuso y restableció el orden.

—Estas discusiones tontas no conducen a nada. Pongamos el asunto a votación: hay dos proposiciones, la una...

Y la mayoría votó en favor de Carrión. Era lo más cuerdo. La circular fué redactada rápidamente:

"...Compañeros: En estos momentos de crisis social, en que el obrero se muestra indeciso para tomar su camino, cuando la voz de la clase proletaria se levanta decidida y enérgica, no sabiendo el cómo de su lucha, el Sindicato Libre de Obreros y Artesanos cita

a ustedes al mitin que para definir nuestra actitud ante la clase explotadora, tendrá lugar a las nueve de la noche en el Parque Juárez. Rogamos su asistencia..."

Se nombró un cuerpo de oradores. Cruz, jefe. Estela, Velasco y Carrión, lo completaron. Y no habiendo asunto más que tratar, la sesión se dió por terminada.

Algunos pensaron en el éxito; otros, pesimistas, hablaban de fracasos, mientras alguien, desaprobando el acuerdo, pensaba que era lo suficiente "macho" pa'agarrarse a tiros con cualquiera...

el mitin del día seis.

Por ser jueves, el parque estaba atiborrado de gente, que como mulas de noria, paseaban incansables por sus

cuatro callejuelas; la Banda de Música, con sus fastuosos uniformes salpicados de botones oropelescos, que reflejaban la opaca y pobre luz eléctrica, impregnaba el ambiente con las notas rítmicas y los acordes marciales de la "Zacatecas."

Las jovencitas "bien", masturbando su mentalidad con las palabras atrevidas de los galanes vestidos como en día de fiesta; las sirvientas de casa rica, que lucían sus botas charoleadas; los estudiantes normalistas que mostraban su tez morena de indios cerreros; los campesinos de huaraches; los empleados de Gobierno, todos ellos, divididos en filas que iban y venían en un constante ruletear, inconscientemente seguían en sus pasos el ritmo de la música.

Las charlas desabridas zumbaban como abejar; algún piropo atrevidamente

insinuante se cruzaba fugaz mientras algún estudiante de leyes gritaba su narcisismo:

—Qué bien me queda este traje, ¿verdad? Me veo más "tipo".

En una esquina, los camaradas del G.O.C. esperaban impacientes. Los obreros empezaban a reunirse; no había espacio suficiente para tantos. Por las calles adyacentes, desembocaban grupos alegres, bullangueros, y entre la pequeña burguesía que paseaba en el carrusel cuadrangular, se notaban las fracciones de trabajadores con sus blusas de mezclilla y sus sombreros de palma.

De pronto, se suspendió el andar continuo. Los músicos abandonaron sus instrumentos para inquirir la causa. Un obrero del G.O.C., como "carnada", espetaba las primeras frases:

—Camaradas: Vamos a empezar el mitin. Vamos a tratar asuntos de inte-

rés general: La emancipación de la clase proletaria se vislumbra en una verdad aplastante. El Sindicato Libre de Obreros y Artesanos, os señalará el camino a seguir. ¡Arriba el trabajador emancipado! ¡Arriba la Organización obrera!

Los escuchas, como un sólo hombre, aplaudieron rabiosos el breve discurso. Los obreros rezagados llegaban presurosos, abriéndose paso a través de la masa, con sus férreos brazos. Las muchachitas "bien", con sus afeminados compañeros, abandonaban el Parque temerosas.

Velasco se subió a la banca hecha tribuna y empinándose más para ampliar su horizonte, miró fríamente a la multitud. Permaneció callado un momento; y cuando comprendió ser el foco visual de todos, gritó su insinuación:

—Camaradas!

De la masa salió otro grito que rasuró el silencio:

—Que se calle! Es comunista!

La gente se arremolinó inquieta. Los últimos burgueses se alejaron del choque que veían inevitable, y alguno, intelectual, pensó:

—Clase estúpida! Despedázate tú misma; más fácil será vencerte!

Velasco contestó rápido la agresión enemiga:

—Comunista? Y qué! Ningún defecto encuentro en mi Partido, al contrario, es el que mejor defiende los intereses proletarios en la lucha de clases. Mi partido no es hipócrita; no hace tratos con los explotadores; no se vende y lucha, no tan sólo por los obreros que trabajan, sino también por los cesantes, por esa falanje abrumadora que asola al universo como pesada carga, ya que el régimen capitalista no alivia.

ni mucho menos resuelve su problema.

Otra voz agresiva interrumpió su discurso:

—Viva la F.O.M.!

Y la mayoría de las gargantas contestaron enérgicas:

—Viva!

Manuel no se arredró:

—La F.O.M.? Qué ha hecho la F.O. M.? —preguntó.— Como no sea levantar a dos o tres de nuestra masa y hacerlos millonarios. Ahí tenéis a vuestro líder máximo, el señor Porrones, que deslumbra a sus amigos con sus lujosos autos y sus anillos de brillantes.

—Pídele uno! —le gritó alguien.

—Pedir? Tengo brazos que saben trabajar!

—Y si te lo da? —inquirió burlesca la misma voz.

—Te lo obsequiaría a ti, camarada. Porque sé que lo irías a cambiar por

aguardiente y así me dejarías hablar a los que escuchan con educación!

La muchedumbre vibró en su risa y Manuel continuó:

—Con excepción de unos cuantos, los empinados al poder por sus hermanos de lucha, han olvidado sus obligaciones. Su claudicación ha sido cobarde. Y vosotros, compañeros, como vulgar manada de borregos incautos, sostenéis con vuestros bolsillos nunca llenos, los apetitos de oro de los que os ofrecen bienestar. Lo relativamente logrado no ha sido más que consecuencia de vuestra unión. Sois fuertes por el número, que intranquiliza al capital, y para callar vuestras ansias, os endulzan el paladar con algún diputado fomista o con algún presidente municipal que sale de vuestras filas. Vosotros, la verdadera masa estúpidamente pasiva, qué beneficios recibís?

—Viva la F.O.M.!

Velasco continuó impasible:

—Se ha marcado la jornada de ocho horas; se os aumentaron los salarios. Habéis logrado algún beneficio? Los productos, a medida que más se os paga, más cuestan y apenas si os alcanza para vivir. Mejor era la dictadura Porfiriana! Ganabais diez centavos, pero comíais con ocho. Ahora ganais dos pesos y se necesitan tres para comer. Trabajais ocho horas, pero agotais vuestras fuerzas en el rudo trabajo, por la continua amenaza de los paros y los reajustes. Nosotros os ofrecemos una era mejor. Las fábricas serán vuestras y vuestras las tierras y vuestro el Gobierno. Os hablamos de una era feliz. No estanquéis vuestro destino. Ahora sois penumbra, luchad incansablemente por volveros luz!...

Manuel Velasco rubricó sus palabras con un gesto. Su brazo trazó una larga línea horizontal que nació en su pecho y cuado se extendió en toda su longitud, agitó sus dedos, como si tremolara la antorcha reivindicadora de su fe.

Pero pocos aplaudieron aunque fueron muchos. Estela extendió su brazo para ayudar a Manuel en el descenso de la banca y aprobó sus frases con una sonrisa abierta y larga.

Cruz, desde la banca paralela, agitó sus largos brazos y escupió el toque de atención:

—Compañeros!

Las cabezas giraron y giraron los cuerpos. Alguien comentó en alta voz:

—Puras ilusiones! El comnuismo es irrealizable!

—Irrealizable? —exclamó Leoncio.— Todo lo nuevo así lo parece; antes era una ilusión volar como las aves; fué una

utopía cruzar el Atlántico; fué una estupidez vencer el sistema feudal. El movimiento industrializador, nos da una base firme para el triunfo societario, con tal de que olvidemos los prejuicios políticos y formemos parte del frente internacional... Venid con nosotros, camaradas! Algunos caerán en la lucha, pero los más verán convertida en realidad, como pasó en Rusia, esta utopía a que haceis mención. No hay que tener miedo ni oír las palabras falaces de vuestros líderes. Estudiad vuestro problema y os convenceréis que el camino verdadero es el que os proponemos. La Revolución Mexicana, sólo ha sido un continuo levantamiento de armas y que no ha formado más que nuevos ricos al amparo de la ignorancia popular. ¿Qué han hecho los hombres de la revolución, desde el pusilánime Madero, hasta el actual Presidente

de la República, que en Chihuahua invierte los millones del pueblo en sus magníficas haciendas? Los gritos edificantes de Zapata fueron callados por el plomo burgués. Nuestras vidas probablemente serán truncadas, pero nuestras palabras quedarán flotando en el ambiente y algún día caerán a la tierra y al germinar como semillas lozanas, darán nacimiento a la Revolución Social.

Un estudiante normalista sacudió el ambiente con su voz firme:

—Viva la Urss!

El coraje fomista se desencadenó ante el azuzar constante de los líderes. Por eso se extravió el viva proletario. Un obrero de San Blas descollaba por su partidarismo descubierto y su codear constante con los del G.O.C.

Estela quiso hablar y fué callada. El desorden crecía. Varios gendarmes se

abrían paso a fuerza de golpes y se acercaban a Cruz.

—Su permiso! —inquirió brutalmente el sargento.

—Aquí está —contestó Leoncio, entregando el papel sellado de la Presidencia Municipal.

Pero el sargento, sin leerlo, le espetó grosero:

—Este no sirve! Rojo hijo de perra, ya se te quitarán los bríos.

Cruz no respondió al insulto, conocía la táctica policiaca. Se concretó a mirarlo y a empuñar sus manos.

—Llévenselo —agregó el sargento, y dirijiéndose a uno de sus secuaces, agregó:

—Hay que buscar a los otros.

En medio del barullo se alzó una voz que taladró los tímpanos.

—Estela!... Manuel!... Huyan!... Van...

La frase quedó trunca. Una ruidosa bofetada sonó brusca, infame. Y cuando los policías buscaron a "los otros", los del G.O.C. habían escapado.

la huída.

Por la angosta calzada mal empedrada que conduce a San Blas, caminan apresuradamente un grupo de obreros. A cada momento vuelven la cara, inquietos, temerosos. Entre ellos una mujer morena, de ojos negros y manos aristocráticamente largas, tiene necesidad de correr grandes trechos para poder emparejar sus menudos pasos a las zancadas de sus compañeros. Estela. Sus ojos de azabache parece que a menudo se empañan; sabe que Leoncio está preso, logró ver cómo lo golpeaban

y comprende que, a pesar de todo, lo quiere. A la retaguardia, el obrero Fidencio Martínez, arrastrando su obesidad, suda a mares tartamudeando insultos, y delante de todos, Velasco y un obrero de San Blas platican. Sus voces opacas y quedas, suenan a misterio de Iglesia. Una luna mordisqueada ilumina la senda donde se entierran los recios zapatones; el lodo se pega como chicle caliente y engruesa las suelas. El peso de los zapatos se antoja inaguantable.

—Falta mucho? —pregunta nervioso Carrión, el camarada del G.O.C.

—Ya casi llegamos —le contestan.

Carrión ha cambiado por completo. No es el locuaz y vivaracho agitador. No habla y cuando mueve los labios, es sólo para repetir azorado la misma frase. Siente que los policías lo buscan y por su columna vertebral saltan co-

rrientes eléctricas. Cuando piensa que lo quieren apresar, y recuerda las mazmorras húmedas y obscuras, un miedo cerval se apodera de su ser y lo hace brincar como sapo perseguido. Los demás están serenos con excepción de Fidencio que sigue renegando del camino.

A veces hay necesidad de dar rodeos. Charcos inmundos cubren el sendero que se acorta y se amplía de momentos.

En un recodo, aparece con sus grandes letras negras, el poste del crucero:

"CUIDADO CON EL TREN"

los pechos se dilatan, los pies se mueven ágiles, saltan los rieles del F.C.I., y los cuerpos se detienen. Un suspiro de satisfacción los estremece: están a salvo!

El camino se alarga, casi recto, y a lo lejos, una mole blanquecina se dibu-

ja como una ele chata. Son las primeras casas de San Blas.

La calzada se aplana, se empareja, se alisa. Las lozas rectangulares colocadas con simetría, permiten el avance rápido. Algún jacal destierra la monotonía de los campos incultos; un perro ladra estrepitosamente y un gallo sacude su cresta purpurina y su cronométrico canto atraviesa el horizonte.

Diez minutos de caminar constante. La senda se amplía. Las lozas desaparecen y las piedrecillas menudas y punzantes, parece que quieren taladrar los zapatos. Lodo, basura, majada.

El portal de la fábrica se yergue escueto; enfrente, la verja de la Hacienda; de lado y lado, la simetría de los cuartuchos obreros; una tienda con su letrero de "bluff":

"LA RUSTICANA"

abarrotes y carnicería

al fondo, la represa que se desborda en ruidosa cascada blanca-obscura, salpicando de espuma las rocas grises del arroyo.

Todo está callado, triste, muerto. La caída del agua con su continuo sonsonete, produce jaqueca.

—En mi casa no caben, son dos piezas y nueve de familia —dice de pronto el obrero de San Blas que los acompaña.

—Nos quedaremos en el portal —le contesta Manuel, pero, al ver que Estela se agazapaba temblando de frío, preguntó:

—No habrá un lugar para la camarada?

—Por mí, no debes preocuparte —respondió ella— dormiré con ustedes.

Manuel sonríe complaciente. Estela es una abnegada compañera.

El obrero se alejó, sus pasos se perdieron en la penumbra de la acera.

—Bueno... pues... bonita noche!

—Camarada Fidencio, ya vé usted que no quedan mas que dos sopas, y la de fideos está agotada.

Fidencio no respondió a la grosera insinuación, recostó su cuerpo en la fría pared y entornó los ojos.

—Sólo nos falta Cruz —dijo Estela en un suspiro.

—Y no podemos hacer nada en su favor, porque nosotros peligramos.

—No sea usted egoísta, Carrión.

—No es egoísmo, Estela. Qué ganamos con tratar de sacarlo de la cárcel? Que nos encierren también. Usted sabe que nos buscan, y yo no tengo madera de mártir.

—A leguas se le nota, camarada.

Carrión calló avergonzado de su miedo. La compañera se acurrucó en un

rincón, rechazando la blusa que Velasco le ofrecía para que resguardara su cuerpo de la humedad del piso. Fidencio, sin que le importara la frialdad de la noche ni el peligro, roncaba estrepitosamente.

La noche transcurrió entre el chillar constante de los grillos, el croar incesante de las ranas, el aullar de los canes hambrientos y el rugir del agua golpeada.

La luna, miserablemente pálida, se ocultó en el firmamento; y por el este, el cielo empezó a incendiarse. El cerro Colorado parecía querer desbarrancar por su ladera el "trueno", graciosamente chueco, que semejaba un gallo dormido; sus émulos de carne y pluma, saludaban al nuevo día en gritos ansiosos y lascivos; los gorriones y zenzontles que anidaban en los añejos abedules de la hacienda, llenaban el ambiente

con sus trinos inquietos. San Blas se desperezaba lentamente. Las puertas se abrían miedosas; las mujeres, con su batea de nixtamal a la cabeza, se dirijían presurosas al molino que empezaba a sacudir su marasmo con el tap-tap de su viejo motor.

En el portal de la fábrica, Fidencio seguía roncando. Estela, Manuel y Carrión, con las ojeras obscuras del insomnio, desentumecían sus miembros en movimientos rápidos, mientras sus hinchados ojos se movían inquietos y espectantes.

—Cómo los recibirían?

Fidencio despertó con el cuello torcido y la espalda magullada. Su cuerpo encorvado y chueco, movía a lástima.

El silbato de la fábrica estrujó la tranquilidad de la hora. Enrique Vázquez, el obrero que había llevado a los comunistas del G.O.C. a San Blas, aso-

mó su cara lampiña; tendría a lo sumo 18 años, su cuerpo respiraba alegría, inquietud, alborozo. Saludó con un movimiento de cabeza.

—No tardarán los compañeros —dijo— y entonces arreglaremos el asunto.

Fidencio ladeó su cuerpo para poder mirar. Enrique lanzó una carcajada al contemplar su aspecto ridículamente miserable. Martínez tartamudeó una imprecación.

La calle enlodada y sucia se empezó a llenar de voces; las blusas azules brotaban continuas de las puertas pequeñas, apolilladas, y el silbato de la fábrica volvió a lanzar su cacofónico grito...

en la cárcel.

La Inspección de Policía se encuentra en la planta baja del Palacio. Un

ancho portal donde pasea el centinela con su arma vieja cuidadosamente aceitada y limpia para su mejor funcionamiento criminal. Un amplio pasillo lleno de guardianes a la espectativa. Ninguno es de la ciudad: son criminales buscados exprofeso. El régimen necesita hombres dispuestos a todo. En el lado izquierdo del corredor, el oficial de barandilla, cuyos lentes gruesos de présbita abultan más sus ojos de buey en brama, mueve inquieto sus bigotes largos y lacios, donde al sonarse ha dejado un moco que se columpia inquieto; su vientre desarrollado en demasía por el ingerir constante de pulque, acompasadamente sube y baja en la respiración fatigosa. Sentado frente a una mesa salpicada de tinta, examina inquieto las sucias libretas donde con letra burda describe los "casos" del día. Enfrente, un policía espera órdenes. Al

fondo del pasillo, un excusado despide olores nauseabundos y gases irritantes; y a la derecha, una puerta que conduce a la oficina del Inspector que parece un nuevo Porthos escapado de "Los Tres Mosqueteros"; un armero donde varios mausseres descansan junto a las cananas repletas, y más allá, una reja asegurada por tres pesadas cadenas: Es la entrada de la cárcel provisional, en cuya sucia tarima, saltan las pulgas inquietas; y revueltas con los piojos, corren las chinches y las ratas. En un rincón tres plastas de mierda infectan el ambiente; sobre la madera, dos borrachos rocan con estrépito; un individuo patea furioso y pide a gritos un trago de agua, mientras por sus mejillas ruedan gruesas lágrimas. Un gendarme se acerca y le interroga desde la reja:

—¿Quién se robó los zapatos?

—Yo no fuí jefe! La verdá de Dios!

—Por orita le traigo el agua, patrón! —ha dicho el guardia, lanzando una estruendosa carcajada que llena la celda.

Alguien se despereza inconscientemente; su movimiento le produce algún dolor, porque se queja. Está tendido en el piso de tablas, un charco de sangre rodea su cabeza y por la frente le cuelga un hilillo coagulado. Es Cruz. La ropa desgarrada complementa su desgraciado aspecto. Por qué esta ahí? Su pensamiento se agita, examina la infecta pocilga y mientras aplasta en la pared una chinche que estampa otra manchita roja, recuerda vagamente lo sucedido: El hablaba en un mítin. Le pidieron el permiso. Lo bajaron de la banca y cuando trató de oponerse a su infundada detención, lo golpearon. El, lanzó su grito de alerta y un gendarme le

cruzó la cara con su manaza peluda. Recordaba haber repelido la agresión, haber esgrimido su navaja y haber luchado mucho; después, había sentido que el mundo le caía en la frente, luego... nada.

Sí. Estaba preso. Sus camaradas? Tal vez habían logrado escapar. Oh! Cómo le dolía el cuerpo! Y comprendió que el papel de mártir era muy difícil. Las sienes le estallaban. Tenía fiebre y sed, una sed espantosa. La garganta dolorida, los labios resecos, agrietados.

—Agua! —gimió.

—Agua? —le contestó su compañero, el que lloraba.— Agua! Sí! Yo también quiero agua. Y qué? Cuatro días sin comer ni beber. Yo, un hombre honrado que sufre. Por qué? Dicen que he robado. Todo mundo roba y yo no lo he hecho. Me veían hambriento y creyeron que era ladrón. Y me hacen sufrir,

sufrir... Borrachos día y noche; se obran, se orinan, se vomitan, y uno, aguantando la peste, las pulgas que pican, las ratas quc muerden ... sin alimentos, sin agua... Oh! los canallas!...

Se irguió de nuevo, pataleó con furia:

—Agua!... agua! jijos de mala madre... —y su voz se perdió en un sollozo.

El mismo gendarme se acercó a la celda:

—Quién se robó los zapatos?

—Yo no fuí!

—Pos ahorita le traigo el agua, patrón —y se volvió a reir como antes, recio, brutalmente.

—Oh! —gimotió el preso— Siempre lo mismo!... Yo no fuí... yo no fuí!..

A Leoncio le dolió algo, era más que

un dolor físico. Gobierno miserable! Cómo lo trataría a él?

Las cadenas se arrastraron golpeando el piso, la reja se abrió entre los chillidos de sus goznes herrumbrosos.

—Ese comunista! Pa'fuera!

Cruz no respondió. Trató de incorporarse y volvió a caer pesadamente. Estereotipó una mueca dolorosa.

—Ora amigo, no se haga pendejo! Alevántese!

El gendarme siguió lanzando maldiciones y denuestos, y al ver que el comunista no obedecía, le pateó la cara. Cruz se quejó. El otro preso gimoteaba:

—Agua... agua!...

—Qué sucede? —interrogó el Inspector, el de los bigotes a lo Porthos.

—No quiere levantarse.

—Pues levántelo!

—No se puede, Jefe, si diatiro está fregado.

—Llévenlo al hospital y lo regresan.

Sacaron a Cruz. La luz del sol que llegaba hasta el pasillo, lo alucinó. Cerró los ojos. Su compañero se quedó tras de la reja hiriéndose las manos en las cadenas aceradas:

—Agua!... agua!...

Cruz fué llevado al hospital. Una sala larga con dos ventanas y veinte catres en fila. Cloroformo, ácidos, peste... La cura fué rápida. 10 minutos. Y otra vez a la cárcel.

Ahora lo llevaron a la Municipal. Un edificio de tres pisos, sin blanquear, mugroso. Innumerables claraboyas con recios barrotes por donde asomaba una que otra nariz grasienta o salía algún canto monótono, triste.

Una escalera que daba a la alcaidía, luego una puerta siempre custodiada.

Otra escalera: La enfermería de presos, y el lugar de distinción a donde iban los ricos criminales, si es que llegaban a ir alguna vez. Otra escalera: la reja. Un patio cuadrangular con paredes altas. Hombres de miradas torvas. Borrachos caídos inconscientemente a pesar de la ducha helada. Individuos que tejían asientos, otros que hacían escobas, los de más allá, estatuitas de arcilla o de yeso. Actitudes obscenas de sexualidad encadenada.

La entrada de Cruz fué saludada con gritos e insultos.

—Por qué te traen? —le preguntó un jorobado que arrastraba fatigosamente su giba de pilón.

Cruz no pudo contestar. Lo empujaron por un corredor obscuro y encajonado. Lo encerraron en una bartolina a donde no llegaba la luz. Dos metros cuadrados. Puerta maciza con fuerte

cerrojo. Humedad, infección, pulgas, ratas...

Leoncio se encontró perdido... solo ... Creyó en su fracaso y tuvo miedo. Encerró su desesperación, su rabia y su dolor, en un alarido salvaje que retumbó largamente en la frígida pocilga, mientras, en la Inspección de Policía, un hombre pedía agua, otro se atuzaba los mostachos lleno de satisfacción frente a tres botellas de añejo vino y un apetitoso asado de pollo; y otro, más proletario, se contentaba con sorber un jarro de pulque, donde embarraba los pelos lacios de su bigote...

desilusión.

Los obreros de San Blas se reunen en su salón de sesiones. Un caserón polvoso donde sólo existe una mesa

rústica y sucia y cuatro sillas desvencijadas.

Han pedido permiso para suspender su trabajo durante una hora. El administrador se mostraba rehacio y exigente; cedió, con el ofrecimiento de trabajos nocturnos sin pagas extras para recuperar el tiempo perdido: El capital nunca ahito de energías proletarias!

La mayoría sabe de qué se va a tratar. La honradez humilde acoje benevolente a los prófugos. Nadie desconfía.

La sesión se abre presidida por un viejo obrero. Las caras iguales. Cuerpos delgados donde hace presa el hambre; narices rojas de borrachos insaciables; manos callosas; uñas enlutadas, suciedad, mugre.

—Compañeros: —dice Enrique— Aquí teneis a unos hermanos de lucha; el sanguinario militarismo quiere ha-

cer de ellos su presa. Son comunistas. Dicen que los comunistas son traidores a la Patria...

Hace una ligera pausa. Los semblantes se muestran impasibles, serenos, imperturbables.

—Por qué? Dicen que los comunistas sirven a un país extranjero. Mentira! Sirven a sus hermanos de clase. Nosotros somos iguales a los obreros del Rhin o a los de Estados Unidos. Somos de la misma camada, sufrimos igual, sentimos igual. Dicen que los comunistas llevan a la bancarrota a nuestro México. Mentira! Todos los países son pobres y miserables, sólo que en algunos, hay mayor cantidad de ricos que explotan sumiendo al pueblo en la miseria. La Patria, qué es la Patria? Concepto misterioso, ilusión semi-religiosa que llena los hogares de tragedia, de injusticias, de crímenes. La Patria es una

egoísta que en los campos de batalla, ha sacrificado a los hermanos, a los amigos, a los parientes. Una bandera flamea airosa y a su sombra patriotera el capital pasea indestructibles sus carros de oro, manchados de sangre proletaria!

Enrique calló; alguien aplaudió frenético.

La lucha de los pobres asída a un ideal noble y grande, se encamina agitada, y día llegará en que los países desnudos de esa patriotería asesina, rompan sus absurdas fronteras y los pechos hermanos se junten en un mismo ideal que ya palpita y treme en las nuevas conciencias.

—Aquí teneis a unos compañeros más; recibidlos en vuestro seno. Nuestros eternos enemigos los persiguen, acusándolos de peligrosos, señalándolos

como criminales incendiarios y destructores.

—Pero compañero —replicó alguno— el capital y el trabajo son ruedas con engranes que deben de marchar siempre unidas. No?

—Sí, camarada. Deben de marchar unidas. Pero marcharán mejor cuando la rueda capital sea del mismo acero que el engranaje trabajo.

—Bueno compañero! —replicó la misma voz— Acaso hay algo para ellos? Saben trabajar?

—Trabajo lo hay y sobra. Están acostumbrados a la lucha y aprenderán su nueva ocupación. Lo que queremos saber es si estais dispuestos a defender hasta con vuestra vida, la seguridad personal de los que se acogen a vosotros.

—Hum! Hum! Pues que se queden.

Velasco trató de hablar y se calló. Le daba vergüenza ver a esos camaradas fríos e impasibles, que aceptaban las palabras del primero que se dirijía a ellos. Tendría que trabajar mucho, inyectar una nueva vida, una nueva sangre.

Pocos pensaron en el peligro y en la posibilidad de una incursión policíaca. Los demás, imperturbables y serenos, aceptaron sin gusto y sin repugnancia. Para ellos era igual.

Salieron. Sus caras volvieron a contraerse por alguna risa forzada y algún chiste grosero ensució el silencio.

Los del G.O.C., descorazonados y sin ánimos, los siguieron. Habían creído encontrar fuego y lava, gritos y protestas. Pero no. El oprobioso capital los mataba de hambre. Años y años de trabajar igual, de ensuciar su cuerpo, de

pasar miserias, de agotarse. Cuando jóvenes, gritaron mucho, organizaron veladas, formaron grupos; después, la tristeza contagiosa acaparaba a los jóvenes y los embrutecía.

Su vida era igual, uniforme. A la fábrica a trabajar; a la cantina a emborracharse; al hogar donde maltrataban a la mujer resignada, para después poseerla brutalmente, como bestias.

Había que despertarlos, que enseñarles otro camino menos rítmico, más inseguro, pero grandiosamente noble. Y desde ese día, Manuel, Carrión y Fidencio con Enrique, el joven y único fogoso camarada de San Blas, fundieron su vida en un crisol desconocido. Había que inyectar sangre y todos darían la suya. Estela? Lavaría ropa, cosería, pero se quedaba con ellos a sufrir o a gozar, según lo que el destino demarcara.

en el común de presos.

El grito que lanzó Cruz, repercutió largamente en la acústica de la celda. La sangre se agolpó en su cerebro y pensó en matar, en morir, en acabar de una vez su vida que se le antojaba inútil. Gritó mucho y nadie hizo caso de sus gritos espantosos, como aullidos de lobo hambriento.

Comprendió la inutilidad de su desesperación y se resignó a sufrir. Varias veces el señor de los bigotes con figura de Porthos, le interrogó. Le ofreció la libertad con tal que dijera los nombres de sus cómplices. Y Cruz calló siempre. Diez días de encierro que laceraron más su cuerpo miserable. Agua y pan. Agua y pan. Un pambazo frío, duro como piedra y un agua donde se movían gusarapos inmundos.

Cuando lo sacaron, convencidos del fracaso de la incomunicación, parecía un esqueleto forrado. Apenas podía tenerse en pie. Lo revolvieron con los demás que se le acercaban solícitos, piadosos, a convidarle del asqueroso guisado o del agua manchada de café; y tuvo ánimos para sonreír agradecido en su caída inicua. Siempre tenía junto a él, al giboso compañero, que en su tragedia física, adivinaba la otra tragedia moral. Compartió con él su viejo petate y su manta raída; y en las noches de fiebre intensa, cuando sin cesar gemía y hablaba de Estela, de mitines, de policías, el jorobado lo acariciaba, le mojaba las sienes calenturientas y se desesperaba por la fría indiferencia de los guardianes. Querían dejarlo morir como perro sarnoso. Ni una sola vez se acercó el médico a verlo. Y cuando el Juez de Primera Instancia oía sus que-

jas, se concretaba a alzar los hombros, inmutable y rehacio:

—No tengo que ver nada con usted! Son cosas del Gobernador.

La naturaleza hizo prodigios. Leoncio empezó a vestirse solo, a tomar su cacerola de lámina para recibir la ración a las horas que la enorme campana sonaba lúgubre.

Se compadecían de su estado. Las risas y gritos de la cárcel acabaron. Todos permanecían callados, serios, mientras en sus almas germinaba un nuevo odio que se abría con fuerza abrumante en contra de los poderosos, del régimen que permitía tanta injusticia.

Y cuando Leoncio pareció aliviarse, la alegría volvió y los reclusos sintieron una fuerza extraña que los unía al desconocido compañero. Y Cruz les habló de la lucha proletaria, de las injusticias sociales, de la miseria de los de abajo,

bárbaramente explotada. Y cuando su corazón desbordaba deseos de venganza, la larga cicatriz de su frente, recuerdo de la lucha en el mitin, se ponía roja y se alzaba como queriendo abrirse y explotar.

Oyeron sus prédicas. El odio aumentó y Pedro el jorobado aprendió a repetir lo que Leoncio hablaba. Un día, el alcaide maltrató a un indefenso borracho que gritó un insulto. El pobre briago suplicaba perdón:

—Ya no lo vuelvo a hacer, jefecito!

Pero el alcaide, sordo y ciego, agitó varias veces el látigo. Los ayes de dolor repercutieron en los cerebros inflamados. Los presos se acercaron al lugar del suplicio y como un solo hombre, se aprestaron a la defensa de su camarada.

El látigo saltó de la mano cruel y quedó en las vengadoras. Volvió a subir

y a bajar con fuerza; y cuando los guardianes se acercaron con sus fusiles preparados, para informarse del escándalo, sólo encontraron un cuerpo magullado, inservible, muerto...

El Inspector de Policía se inquietaba: Quién era el culpable? Por qué había cambiado la actitud pasiva de los reos? Se atuzaba los bigotes, se acariciaba el mentón cuidadosamente rasurado; la cabeza le daba vueltas sin cesar; y cuando sus miradas encontraron la rubia botella de Cognac Gautier olvidada en su escritorio, sus ojos se inflamaron, olvidó el asunto que lo cansaba de tanto pensar, y chasqueó sonriente su larga lengua...

sangre nueva..

El salón de sesiones de San Blas era otro. La mesa había sido reemplazada.

30 bancas llenaban el piso limpiecito, gracias a la escoba y el tenaz cepillo que manejaba Estela.

En un cuartucho alquilado a la fábrica, Manuel, Fidencio y Carrión vivían con ella. Ellos le entregaban el "diario", ella les cocinaba, les lavaba y remendaba su ropa. Las eternas guasas infantiles hacían circuitos optimistas, la fe en la lucha crecía a cada momento. Nadie dudaba del otro; unidos y tranquilos, respetaban a la camarada incansable, convertida en una madre nueva, impensada, trabajadora.

No tenían noticias de Leoncio, de Guadalupe, ni de sus camaradas de la ciudad. El recuerdo del primero empañaba su feliz vida. Qué podían hacer ahora? Tratar de librarlo de la cárcel? Cuando discutían el asunto, se resignaban a esperar. Todavía no era tiempo,

había que pensar en la unificación verdadera del grupo... luego...

Los domingos, los trabajadores blanqueaban el interior del salón, mientras otros arreglaban las paredes exteriores. Un jardincillo rodeaba el antiguo caserón, hoy amplio y confortable. Varios libros empezaban a llenar los rústicos estantes, cuidadosamente colocados. La juventud obrera era la más entusiasta; los viejos camaradas movían dudosos sus cabezas greñudas:

—Oh! Qué locos!

Pero sonreían, se alegraban contagiados de la vida nueva que flotaba en el ambiente.

Todos los días, a las seis de la tarde, después del silbato que permitía la salida, abandonaban raudos la fábrica ruidosa, para ir a encerrarse en el salón nuevo, donde Carrión, Manuel y Estela

incendiaban los cerebros decaídos con sus palabras candentes.

Ya no se mostraban con la indiferencia de los días pasados; la apatía era sustituída por un ansia de aprender, de hacer algo nuevo. Y sus cerebros miserablemente apagados, se iluminaban desembotando sus facultades adormecidas. Hasta Fidencio había dejado de tartamudear. Y en quince días, solamente en quince días, el milagro de la fe y de la palabra, había cambiado por completo a la estúpida manada.

Una roja bandera estampaba su nota purpúrea en la blanca pared.

Daban las seis; los obreros apiñados atravesaban el portal de la fábrica y dirijían sus pasos al reluciente salón de sesiones. Siempre lo habían llamado así. Hacía mucho tiempo que servía para eso, aunque raras veces se abría; pero ahora, desde que los nuevos amigos

habían llegado, todo cambiaba, hasta Don Francisco, el flaco "gachupín", trocaba su neurastenia en carcajadas ruidosas y en continuas guasas. Era el administrador, servidor directo del capital, pero le gustaba oir a esos muchachos alegres, que transformaban en algarabía estruendosa, la vieja quietud de la fábrica. El estaba con ellos, pero respondía ante la Compañía Caldo Hermanos, de la buena marcha de la fábrica. Y qué? La fábrica marchaba bien. El cumplía. Primero lo vieron con malos ojos, pero la duda se disipó en los espíritus francamente inhostiles. Y don Paco fué más querido que antes.

Los antiguos miembros del G.O.C. observaron con extrañeza la anomalía de Don Francisco. Era un espía? Un farsante? O sinceramente sentía lo mismo que ellos. Pero al ver el buen trato, las insinuaciones de aliento, los propó-

sitos de fe, los obreros de San Blas llegaron a la conclusión que el "gachupín" también era de los suyos.

La savia nueva se hacía sentir y la causa no era dudosa. Por eso Estela, Manuel y Carrión, ocuparon un lugar muy firme en sus pechos ansiosos de esparcirse, de respirar los desconocidos goces de la lucha.

Los obreros salían... salían sin cesar manchados de grasa, con pedacitos de algodón pegados a sus ropas; y con los cuerpos erguidos, tremolaban inquietos en tonos discordantes y desgañitados, las estrofas de "La Internacional":

"Arriba los pobres del mundo
en pie los esclavos sin pan..."

El eco respondía sonriente y gustoso a los gritos musicales de los hombres ebrios de fe y optimismo:

...Alcémonos todos al grito
de Viva la Internacional!...

ultimátum de la f.o.m.

Los obreros de San Blas se hayan reunidos en su amplio salón. El socialismo se les ha pegado como fiebre. No tan sólo sus ideas son rojas, sino hasta la indumentaria. Sendos paliacates rodean sus cuellos multiformes; zapatos rojí-negros y calcetines colorados forran sus abultados pies.

—Compañeros: —está diciendo Velasco desde su asiento— El Comité General de la F.O.M. nos envía el siguiente oficio con que el camarada secretario va a dar cuenta.

Los semblantes estereotipan una mueca de duda. Un malestar acapara los cuerpos, mientras Enrique lee, salpicando las frases de sonrisas irónicas:

—"...este Comité General ve con profunda pena que los obreros de San

Blas no han contestado a su llamado. No los culpamos. Sabemos que se encuentran con ellos elementos comunistas, cuya labor sediciosa está influyendo desfavorablemente en los ánimos humildes con la fantasía de sus absurdas doctrinas. Este Comité General de la Federación Obrera Mexicana, advierte que, de no expulsar de ese centro a los individuos de filiación roja, será desconocido el Grupo Obrero de San Blas y negándoseles todo apoyo moral en la conquista social proletaria..."

Desde la última banca, un compañero se llenó de aire la boca, comprimió los abultados carrillos y una retumbante trompetilla saludó la lectura del oficio. Las risas estremecieron los cuerpos. El malestar y la duda habían sido suicidados. Enrique terminó de leer.

—Camaradas: —dijo— Aquí tenemos otro escrito que quiero que la

asamblea conozca antes de tomar determinaciones.

—"...sabemos que principiais a luchar y vuestros esfuerzos se encaminan por el sendero más noble y de acuerdo con la situación actual. No tengais miedo al peligro. Es una verdad notable que el régimen capitalista se derrumba a ojos vistos, las grietas se asoman, la base está podrida. Adelante camaradas!...

—"...La Confederación Sindical Unitaria Mexicana os invita a que formeis parte de ella, para que la unión haga la fuerza, y unidos, trabajar para que el régimen caiga de una vez..."

Un aplauso repercutió largamente. fué una verdadera tempestad donde los gritos y los vivas enronquecieron las gargantas.

—Viva la CSUM!

—Viva!

—Muera la FOM!

—Muera!

Cerca de diez minutos reinó el jubiloso desorden. Y cuando los ánimos se calmaron, no hubo necesidad de tomar el parecer del grupo, para redactar el acuerdo:

"El Sindicato Emancipador Revolucionario de San Blas, desconoce a la F.O.M. como órgano obrero y la señala ante la opinión pública mundial, como desorientadora en la Lucha de Clases. El S. E. R. se unifica a los camaradas de la CSUM e ingresa en ella..."

Los semblantes irradiaban entusiasmo. Se habló de una manifestación y volvieron los vivas y los gritos atronadores a inundar el ambiente. Las mujeres salieron de sus casas contagiadas de alegría, sin que adivinaran la causa de ella. Sentían necesidad de ir con sus "viejos" a las sesiones del S. E. R., a saber como ellos de la lucha obrera, y

a sentir, a vivir esos momentos de felicidad que saboreaban sus hombres, como preludio de una felicidad mayor. Y por qué no? No eran obreras? Acaso Estela no iba?

Y ella, como si adivinara el pensamiento de las camaradas, proponía a la asamblea la organización de las mujeres, así como la creación de una escuela que tanta falta hacía para la educación de los niños.

Y cuando discutían la conveniencia del plantel educativo, apareció en el portal la silueta de un hombre. Estela fué la primera en verlo.

—Guadalupe! —gritó.

Y Guadalupe se acercó sonriente a estrechar en sus brazos a la camarada que ya tendía los suyos radiante de satisfacción. Fidencio, Carrión y Manuel abandonaron sus asientos para correr hacia el amigo; y los obreros, per-

plejos, contemplaron la escena amistosa, desbordante en cariño.

—Es uno de los nuestros! —gritó Fidencio mientras estrujaba con su cuerpo obeso la figura de su querido "cuate." La mujer alborozaba inquieta.

—Guadalupe! Guadalupe!

—Miá camará que no me llamo ansina. Que jase tré día me he quitao el nombre. Hoy me llamo Pancracio y el apelativo es el mesmo di antes.

Martínez inquirió curioso:

—Y eso?

—Na, que un lecenciao me dijo que podía cambiá el nombre, me cobró dié pejoj; me apersonó dijque en el regijtro y aquí tienen ujtés el acta. Vale má ejte nombre de macho y no el afeminao de Lupe.

Todos rieron, hasta los de la fábrica, que comprendieron el lío al escuchar

las palabras del hoy Pancracio Rodríguez.

—Y aquí manda uno que ya ujtés conocen. Na menos que de Lioncio...

Estela arrebató el pedazo de papel que portaba el compañero y las letras menudas como hormigas en trabajo, picaron sus ojos.

—Qué?

—Qué dice? —preguntaban inquietos los camaradas.

Estela no acabó de leer la carta. Se la entregó a Velasco.

—Hay que dar cuenta a todos —murmuró.

En las caras se dibujó una muda interrogación. Ocuparon sus asientos.

—Compañeros: —dijo Manuel— Uno de los nuestros; preso por llevar la fe y el ideal a sus hermanos, envía este papel.

—Nos servirá de estímulo! —dijo Estela.

Y Velasco leyó:

"Manuel:

Envío ésta con un amigo que mañana sale libre. Ojalá llegue a tus manos. Soy otro, si me vieras, no me reconocerías. En el mitin me golpearon, laceraron mi cuerpo, lastimaron mis huesos, pero el ideal se encuentra limpio y sereno en mi esqueleto. Porque estoy convertido en un esqueleto. Sabes? Pellejo y huesos. Mazmorras húmedas; pan y agua; carcajadas burlescas; compañeros de presidio que se arrastran hasta mí, suplicando un mendrugo; patadas y golpes, insultos; y una tos que me agota, me asesina... Cómo he sufrido!

Las miradas convergían en los labios de Velasco; él mismo, conmovido, dejaba que sus manos temblaran de emoción. Las mejillas de Estela, de un color

de rosa marchita, señalaban su pena, aunque sus ojos serenos e inmutables, contemplaran sin pestañear al auditorio; la espalda de Carrión era un continuo chocar de electricidades contrarias.

—"...pero a todo nos acostumbramos. Ya comprendo que por mí no han podido hacer nada. Ni lo hagan, pues sería inútil. Han tratado de sacarme los nombres de ustedes; no vengan por acá, los acechan, los vigilan. Yo me encuentro poco bien de salud, pero fuerte del alma. Cuando me sacaron de la bartolina, enfermo y débil, los camaradas reclusos se portaron muy bien. Les hablo de nuestra lucha, oyen mis prédicas. Antier mataron al alcaide que lastimaba brutalmente a un pobre diablo que no hacía nada malo. Los policías dicen que yo soy el responsable. Me van a volver a encerrar y sé que luego me envia-

rán a México. Iré contento a propagar en los infectos presidios nuestra semilla edificante, aquí ya dejo aliados y luchadores y entre ellos, queda un jorobadito, mi más leal amigo a quien casi le debo la vida, transformado en un líder. Se llama Pedro Arriola. Ya formó el Sindicato Regenerador. Dile a Estela que si algún día vuelvo, entonces seré otro... aunque quién sabe si regrese. Una tos pertinaz desgarra mis pulmones... los estoy escupiendo a "cachos"...

Nadie habló. El silencio irritaba, se hacía pesado, inaguantablemente cobarde.

—Siempre pensó en ser mártir y el destino se lo concede —dijo Estela en un susurro.

Los ojos se clavaron en el piso. Por el ambiente flotaba un dejo de tristeza,

un no se qué que comprimía el alma, pero que hacía estallar los corazones en un grito mudo de protesta...

revolución.

—Compañeros: No se ha podido hacer nada por nuestro amigo Cruz. Dicen que está procesado no tan solo por insultos al Gobierno, sino por la muerte del alcaide; y el mismo Cruz se muestra rehacio. No quiere la libertad. Pide que lo dejen en paz. Creemos que está loco. He aquí el resultado de la comisión investigadora.

—Valiente comisión de haraganes!

—Silencio, camaradas: Otros asuntos de importancia se van a tratar. Es verdad que el camarada Cruz es un enfermizo. La camarada Rosa Canales quiere hablar? Bueno, tiene la palabra.

—Compañeros: Es una cobardía el no salir de nuestras pocilgas a pregonar

nuestra idea. Qué pasó con la manifestación? No se va a hacer nada? Si es que los hombres tienen miedo, que se acuerden que aquí estamos nosotras.

Las frases de Rosa provocaron un cataclismo de insultos y chillidos que perforó los tímpanos.

—Cállate vieja bruja! Cuándo tiraste tus "naguas" chorreadas?

—Ya deja de morder, perro hambriento! Te enojas porque te digo la verdad? A tí lo que te hace falta son blanquillos. No?

—Camarada Velasco. Una moción de orden. Estas viejas son inaguantables, por qué no las echas a la calle?

La tuerta Elvira Ochoa brincó en su asiento y corrió a la mesa.

—A la calle? —chilló— Soy comunista, tengo iguales derechos que tú, so pelma!

—Compañeros hombres: Yo me opuse a que las mujeres ingresaran al Par-

tido y perdí. Son ustedes unos brutos. Ya lo ven, quieren montarnos!

—Qué es eso? Quietos, quietos!

La tuerta golpeó furiosa la mesa.

—A tí te voy a montar yo, sinvergüenza, gandúl.

—Ay! Ay! Qué susto, ay! ay!

—Orden, orden, camaradas! A ocupar sus asientos. Sobran los insultos. Y tú, Rábano, a ver si ya no dices malas palabras que la boca se te desjareta. Qué necesidad tienes de emplear picardías?

—Desde que las mujeres se organizaron, esto ya no es un partido, ni es nada. Puro grito y nada más. Echalas! Nos conviene que las corras para poder trabajar.

—Sí camarada Velasco. Ellas poseen su sindicato. ¿Qué tienen que ver con el S. E. R.?

—Tienen que ver mucho, cacho de animales! Qué harían sin nosotras?

—Silencio! Estela, quieres hablar? Y por qué no lo haces? Aquí todos hablan sin pedir permiso. Cállense de una vez o levanto la sesión!

Estela se acercó a la mesa abriéndose paso con sus codos.

—Es importante que se haga algo respecto a la manifestación. No hay que tener miedo.

—También tú? Crees ser más macha que yo?

—Cállate compañero, yo no digo eso, sólo vengo a proponer se nombren comisiones para que se organice la manifestación. Enrique y Manuel que la dirijan.

—Y tú!

—Y tú —gritaron las mujeres.

—Hace falta una hembra valiente! Que sea Estela el jefe.

—Sí!

—Nó!

—Sí!

—Orden compañeros, qué relajo es éste?

—Compañeros —gritó el viejo Anacleto— esto es un desbarajuste. Ahí tienen a mi mujer chillando como gato escaldado. Y los chamacos? Y los frijoles? Todo está tirado; ella es la que manda. Qué es eso? Así no podemos seguir.

—Sí? Viejo briago! Qué te crees? Yo no soy tu esclava. Y no me mires así ¡canalla! que se acabó tu época! Y cuidado como te me emborraches, porque esa cabeza de puerco me las paga!

—Lo ves?... Lo ves? —gimió Anacleto— Me quiere hasta pegar. Y tú tienes la culpa, Estela. Les metiste un cuete por el rabo y ahora estallan. Lo ves?... lo ves?...

—Basta ya! Se van a callar o no?

—Estas brujas chismosas tienen la culpa. El salón parece un patio de ve-

cindad. De cuando acá las mujeres usan pantalones?

—Desde que ustedes no saben usarlos, marranos!

—Mi vieja no quiere ni que me eche una copa.

—Mi vieja? Acaso me has mercao en la plaza?

—Compañeros! Compañeras! Orden ... orden...

Estela extendía los brazos suplicando atención y cuando los ánimos se calmaron un poco, su voz sonó agitada como campana de plata.

—Los compañeros están furiosos y puede que tengan razón. Pero la mujer ya no es una cosa ni la esclava de antes. Pide su libertad y la coje como puede. Ahora gritan mucho, les duelen los piquetes, pero ya sanarán. Silencio! No puedo hablar? Cuando los hombres comprendan la verdad de la situación, en-

tonces marcharemos mejor. Esto es una revolución y por eso es desordenada. No se espanten. Esperen la calma que ya viene.

—Sí! Sí! —replicó un viejo obrero— También se acabó la moral y la educación. Ahora nuestras mujeres se convertirán en putas y se acostarán con cualquiera!

Estela se indignó:

—Qué entiendes por moral? Lo que es bueno para los unos, es malo para los otros. La moral no es mas que una consecuencia del régimen. La mujer se acuesta con el que le da la gana. Ustedes no hacen lo mismo?

—Entonces qué! La mujer es de todos. No?

—No compañero. Cada quien tiene la suya. No sea usted tan estúpido. Si la mujer de Juan se va contigo, y tú la quieres, está bien. Pero eso no quiere

decir que le quites la mujer a Pedro si ella no quiere nada contigo.

—Sí! Sí! Pero a mí me revienta el bruto de mi marido. Acaso lo voy a seguir queriendo? Nunca me ha hecho una caricia. Cuando tiene oportunidad me pega hasta que la mano se le duerme. Lo voy a querer? Siempre borracho. Se gasta el dinero con cualquier piruja. Y yo? Como aire? O qué...?

—Ya lo verás tú, Lucía, como no te calles el hocico.

—Sí eh? Ahora soy comunista, conozco mis derechos. Te vas mucho a la mierda! Ni para tener hijos sirves. Ocho años y nada, acaso estoy casada con un palo?...

—Camaradas, no griten así, no se insulten! Orden... orden... No sean chismosos. Qué nos importan sus asuntos particulares? Vamos a ver lo de la manifestación.

—Que Estela la dirija!

—Velasco!

—Enrique!

—Sí!

—Nó!

El barullo arreciaba, subía, bajaba... La sesión era un mar agitado. Chillaban las mujeres. Gritaban los hombres. Era el estallido atronador de un cuete viejo que tenía seca la pólvora. La hembra se levantaba furiosa con el odio en sus ojos. Odio? No. Deseos de gritar las frases guardadas durante siglos y nada más. El macho rugía celoso de su autoridad, pero las mordidas sólo encontraban el ambiente saturado de rebeldías y de puños.

La vieja Enriqueta dominó el tumulto con sus aullidos:

—Hombres! Hombres! Se callan? O qué? Así no se hace nada.

—Tú tienes la culpa, escandalosa!

—Yo? Yo soy tu madre!

—A ver, camaradas, a callarse. Vamos a organizar la manifestación. Robles, Ortiz y Cedillo se encargarán de los carteles.

—Sí! Sí! —dijo Robles— Para trabajar, los hombres. Para gritar, las mujeres. Qué es eso?

—Mi marido es un huevón —gritó la tuerta— Me da asco su panza de cerdo!

—Te aplacas, vieja bruja? Ya verás cómo te voy a apagar el otro ojo!

Sí? Canalla! Por qué no quieres trabajar? Te he de mantener siempre como si fueras un padrote?

—Orden!... orden! Qué es eso? Gritos e insultos! Gritos e insultos! Basta ya! Parecemos un atajo de animales con hambre. No volverá a hablar nadie sin solicitar antes su permiso. Estamos hartos de palabras obscenas y de chismes. Qué es eso? Vamos a desterrar este lenguaje grosero que a nada conduce.

—Protesto, camarada! El obrero necesita expresarse y su léxico rudimentario no puede suplir ciertas palabras que encierran un pensamiento completo. Qué son las picardías? Palabras de acepción permitida, que el uso las vuelve soeces. Cómo vamos a desterrar un lenguaje que de generación en generación se nos transmite? Protesto!

—Pero compañero, ninguna necesidad tenemos de ser groseros.

—Puede ser grosería. Pero dime: Qué te diría un obrero si tú, usurpando facultades que no te competen, ordenas imposibles? Pues no encontraría palabras suficentes para significarte su desprecio y su protesta más que dos: Cabrón y pendejo.

--Pues nada. Haremos un ensayo y verán el buen resultado, es por el beneficio de la comunidad. Tres pesos de multa a quien diga alguna picardía. Acep-

tado? Sí? Por mayoría! Perros! Ven? Así se arreglan las cosas!

—Sí! Sí! —chillaron las mujeres— Los hombres provocan y luego se "rajan".

—Cállense imbéciles!

—Orden... orden...!

El viejo Anacleto gritó otra vez:

—Ustedes tienen la culpa, yo me opuse a que las mujeres ingresaran al Partido y perdí...

—Vas a cerrar el hocico?

—Mujeres! mujeres! Oh! Las malditas! Cómo chillan!

—Fuera las viejas!

—Fuera los hombres!

—Cobardes! Gallinas!

—Basta! Basta! Qué sucede? Acabamos o no? Silencio! El Sindicato suspenderá en sus derechos a todo el que altere el orden. Las mujeres dejarán de berrear?

El viejo Anacleto volvió a gritar:

—Ustedes tienen la culpa, yo me opuse a que las mujeres ingresaran al Partido y perdí... son ustedes unos brutos! Ya lo ven, quieren montarnos!

—Cállate viejo castrado! Hasta cuándo nos dejarás en paz?

—Apunta una multa, compañero!

—Camarada Velasco, Por qué no lo corres?

—Pido que se expulse al viejo Anacleto.

—A nosotros no nos sobaja nadie! Fuera!

—A callarse, camaradas. Vamos a tratar asuntos de importancia trascendental. No nos dejarán en paz? Desde que están con nosotros, no podemos hacer nada. Basta! Basta! A callarse las señoras! Nos dejan trabajar?

El viejo Anacleto volvió terco:

—Ustedes tienen la culpa, yo me opu-

se a que las mujeres ingresaran al Partido y perdí...

el sargento.

La sala de espera está repleta de individuos. Petacas y bolsas; baúles y maletas que impiden los pasos. Burgueses con amplios abrigos que los resguardan de la frialdad nocturna; gente del pueblo con sus "huacales", donde los pollos se agitan inquietos. Pregones:

—Café? Tamales?

—Pollo frito? Cigarros?

Focos eléctricos como cerillos. Aglomeración frente a la ventanilla donde se expenden los boletos. La gente pasa y vuelve a pasar por la puerta que da al andén.

—Su boleto?

—No tengo. Vengo a esperar a mi familia.

—Pues no puede pasar sin él. Es el reglamento.

—Ladrones! Por esperar a alguien hay que pagar veinte centavos?

Policías que resguardan el orden. Un oficial de vigilancia con su media luna de cobre en el pescuezo, como collar de perro, se mueve de un lugar a otro, inspeccionando todos los rincones.

De pronto, algo estremece los cuerpos. Es el silbido del tren que se acerca. La gente se arremolina, se apresura, salta. El andén no tiene cabida para tantos. Con resoplidos roncos, la máquina llega desparramando negro humo que se confunde con el cielo de la noche. El poderoso reflector alucina. Gentes que mueven las manos saludando a los amigos. El fogonero sucio de aceite agita sin cesar la campanilla. El maquinista enfrena y los presuntos viajeros

se amontonan en las escalerillas de los coches.

—Ora! No empuje!

—Dejen que baje la gente!

—No se amontonen!

Un carro rueda escandalosamente por el piso y se acerca al express para recibir la carga. Hombres vestidos de azul cargan bolsas multicolores llenas de cartas. Ansia por ocupar buenos lugares. Abrazos y besos.

—Cómo están por acá?

—Bien, y tú?

—Cigarros? Dulces?

—Hotel México, el mejor!

Cinco soldados atraviesan con sus pasos rítmicos la sala de espera. Enmedio camina sin apresuramientos un individuo con ropas proletarias llenas de remiendos. Enjuto; cara fláccida; ojos sumidos en las negras ojeras. A cada instante una tos violenta y seca cimbra su cuerpo.

La escolta va al mando de un sargento. Un verdadero indio. Cuerpo musculoso; nariz aguileña; labios gruesos y ojos pequeños que giran y se mueven sin descansar. La boca contraída en un gesto de asco.

—Paso!... Paso!...

El vagón de segunda tiene un pequeño compartimiento para la escolta. El sargento acomoda a los soldados y ordena la estricta vigilancia hacia el reo, a quien le cede toda una banca para que pueda descansar. El reo es Cruz. Causa conmiseración su aspecto miserable.

El tren se agita inquieto y ansioso de vida, haciendo chillar su silbato; la campana de bronce da volteretas.

—Vámonos!

A través de la ventanilla, Cruz distingue las luces de San Blas. Alguien le ha contado el cambio; sabe que ahí es-

tá. Estela y tal parece que quiera enviarle en sus miradas una despedida. Sufre y tiene que sufrir más. Y qué? Es su destino.

Banderilla. San Miguel. Las Vigas... Un frío húmedo taladra los huesos. Perote...

Los postes telegráficos atraviesan raudos. Alguna lucecilla se asoma en la negra obscuridad nocturna. Los soldados duermen. Comprenden que el reo no puede escapar. Apenas si logra mover los pies entumecidos.

—Por qué lo llevamos? —susurra el sargento.

—No sé. Me cogieron por comunista.

—Pos dicen que usted es muy peligroso y lo mandan hasta las Islas Marías. Está usted fregado, amigo.

—No importa. Es un delito pensar en la Revolución Social? Es un delito desenmascarar a los bandidos? Pues yo los he cometido. Que se castigue mi falta

—No es una falta, "manito", pero ya lo ves. Así lo quieren los de arriba. Si vieras cómo los odio! He leído mucho aunque me veas de soldado. Soy soldado por mi gusto, porque me encanta el matar gente...

Leoncio estereotipó una sonrisa dolorosa.

—Te gusta matar gente?

—No te rías, mano. Es la verdad. Yo estudiaba medicina, iba a terminar la carrera. Un día vi cómo martirizaban a un criado. Otro, observé a un mendigo. Policías que maltratan. Hermanos que riñen. Generales que pelean. Amigos que se matan. Padres criminales. Hijos asesinos... Por qué? Perforé cerebros; abrí corazones; encontré la anatomía orgánica siempre igual.... Siempre igual. ¿Por qué unos tienen y otros no?

Cruz escuchaba atento. Su guardián era un "caso" especial.

—Por eso el comunismo salvará a la humanidad, es...

—No es nada, amigo. Cae el régimen. Y qué? Sube otro. Ahora es el pueblo el que manda, el que ordena, el que asesina. Dictadura. Poderío... Mierda!

—No, Dictadura Proletaria, pero transitoria...

—Yo no aguanto, amigo. Todo está malo. Todo está podrido. Hay que matar, exterminar. Buscar la selección humana. Tu eres poderoso? Quieres vivir? Trabaja! Sé útil. Todos iguales, la escoria a la basura.

—No te entiendo, camarada.

—Yo no soy tu camarada, ni lo soy de nadie. No entiendes? Tú estás tísico. Para qué sirves?

Cruz recibió sus palabras resignado. No parpadeó; sus músculos no se contrajeron, aunque era la primera vez que le espetaban su sentencia.

—Para qué sirves? —repitió el sargento— Eres escoria peligrosa. Hay que matarte. Para qué sirven los viejos? Basura! Para qué los ciegos? Los dementes? Los raquíticos? Los flojos? Escoria... escoria. Hay que matar!

—Camarada: Hablas de matar y abominas de los poderosos. Y el que mata es un poderoso. Piensas en la selección humana. Quién la hará? Un poderoso!

El sargento se quedó pensativo.

—Yo no sé! Soy anarquista? Odio a todo el mundo, hasta a mi madre que me dejó tirado en un zaguán. Los infelices me dan asco. Cada vez que puedo, mato.

—Entonces te agradaría que te diera la oportunidad de echar fuera del mundo un residuo más. Verdad?

El sargento se le quedó mirando con ojillos menudos e inquietos.

—No sé!... No sé!...

Oriental...

Frío. Más frío. Gusanos de maguey, Pulque. Café caliente.

Los soldados bajaron. El sargento obsequió una taza de café al reo. Leoncio le miró agradecido y sorbió el chorreado líquido.

—Gracias!

—No me las des que no hacen falta. Mira cómo tiritan esos canallas. Qué es el hombre? A ver esos soldados, qué hacen? Marchar. Marchar. Obedecer. Obedecer. Vida miserable!

Los soldados voltearon la cara para sonreír. Ya conocían al sargento. Decían que era un loco y le temían. Era un bruto muy inteligente. Sabía curar.

El tren volvió a chirriar en los angostos rieles.

—Duerme compañero, que te hace falta.

—No tengo ganas.

El sargento se echó sobre la banca. Roncaba con estrépito. Un soldado se acercó a Leoncio:

—Es raro mi sargento. Verdad?

—Mucho.

—Sin embargo, es muy bueno. Todos le debemos algo. Cura a nuestros hijos o a las viejas y hasta de partera sirve. Pero le tenemos miedo. Y los oficiales le huyen porque a veces es muy malo. Mire: a mí me salvó la vida cuando me pegaron este balazo.

El soldado enseñó la cicatriz de una bala que le había entrado cerca del corazón.

—Y ya lo vé, un día me dijo que yo era una basura y me dejó un recuerdo. Sin embargo, le queremos.

Otra cicatriz le atravesaba la mejilla izquierda.

Las voces se opacaron, se hicieron pesadas, lentas, y Morfeo acaparó los cuerpos.

San Marcos...

—Oiga "vale". Usted ya está más para allá que para acá. La libertad es preciosa y yo no sé, pero me ha caído bien. No tengo ganas de matar. Tengo mala puntería. Los soldados tiran al aire en lugar de tirar al cuerpo. Si usted se "pela", pos ni modo, se nos escaparía.

Cruz sonrió al entender la indirecta. El sargento le ofrecía la libertad. La libertad? Y la ley fuga? No. El sargento era sincero.

—Lo arrestarían. Qué gana con dejarme huír?

—Para mí es igual.

—No. Quiero seguir mi destino. En la cárcel podré hacer algo. Huyo, y qué? Sólo, sin amigos, un muerto más.

—Puede que tenga razón. Bueno, me cuadra usted mucho. Pinche gobierno! Escoria, amigo, escoria.

Texcoco... San Lázaro...

La máquina llegaba haciendo fuerzas y pujaba como estreñido que obra. Ansias por llegar. Alborozo. Gritos. Gente que se aglomera. Movimientos desordenados. Pasear de tísicos, anémicos, inválidos, mendigos.

—Cargador? Coche?

—Un auto? A la puerta! Equipajes? Los sacamos!

—Hotel Buenos Aires!

El sargento se movió inquieto y disgustado de algo.

—Escoria!.... escoria.... hay que matar!... hay que matar!...

en pluviosilla.

Calles rectas y largas. El asfalto con su nota gris se agrieta y se encoje. Mañana de sol que alegra los espíritus. A un lado, en el azul rarísimo del firmamento, el Pico de Orizaba se levanta al-

tanero con sus nieves peremnes, que semejan un pilón de azúcar. Montañas y cerros color de rata vieja; y al pie de la ciudad, como soldado de vanguardia que vigila, el Cerro del Borrego quiere tocar al cielo. Cerca de su falda, la amplia alameda con sus bancas de concreto y sus añejos árboles, aturde. Barras y columpios. Niños que ríen, chillan o gritan alborozados. Alguna madre ingénua observa espantada al chiquitín intrépido que resbala vertiginosamente en la pendiente del tobogán; algunos en sus caballos de palo, juegan al Tom Mix y los bandidos. . .

Norte y Sur. Oriente y Poniente. . .1 . . .2 . . .3 . . .4. Calles numeradas, guarismos débiles que guían. Domingo. Las fábricas han vomitado sus entrañas humanas. Obreros que pelean o gastan su paga en la cantina. Agitación comercial . . .vender . . .vender . . .vender.

Calle sur 10.—Un grupo de obreros camina por la amplia rúa. El color se fuga de sus caras.

—Oye, Antonio, qué vamos a hacer ahora?

El llamado Antonio no contesta. Su paso agitado, trémulo. Su pecho se cimbra en cada respiración fatigosa. Sus dedos crispados arrugan un papel impreso.

—Ese canalla de Santoja nos quiere arruinar. Por qué? Qué gana?

—No seas tonto, Benítez, Santoja pertenece a la F.O.M. Es uno de los jefes.

—Y qué? Acaso nosotros no tenemos derecho a trabajar?

Antonio Reyes se rascó la cabeza y la caspa saltó al cuello, nevando su blusa. Su rostro rasurado, contraído en un gesto cruel y ambicioso; chaparro. Su voz melíflua se resbaló como dulce.

—Si Santoja no nos atacara, podríamos vencer, pero es un canalla avariento. Nos acusa de comunistas. Y qué? Pertenecemos a la CSUM. Si la F.O.M. busca el mejoramiento obrero, por qué obstruye nuestra labor que lleva el mismo fin?

—No es la F.O.M., compañero, son sus líderes; se han vendido al capital y el capital les ordena callar nuestras ansias.

—Canallas! Me corren del trabajo. Y mi mujer? Y mis hijos?

—Y los míos?

—Y los míos?

Reyes se les queda mirando con sus ojos vidriosos.

—A callar! El hombre que es hombre, cuando está fregado, se aprieta el estómago pero no se queja.

—Sí! Eh? Voy a ser muy hombre y a morirme de hambre. Eso es ser valiente?

—Perros!

—Sí! Ocho perros corridos de la Fábrica por comunistas y agitadores. Qué ganamos? Tú tienes la culpa!

Reyes se detiene furioso.

—Acaso eres un chiquito? Sabías que era peligrosa nuestra idea.

—Pero tú nos engañaste. Decías que no nos pasaría nada.

—Van a seguir llorando como viejas?

—Eso nos pasa por pendejos!

—No seas bruto, Carlón —replica el obrero Benítez— qué ganamos con pelear? La cosa está hecha. Yo no me arrepiento de ser lo que soy; lo que pasa es que ustedes fueron comunistas por la creencia de un triunfo inmediato, por la conveniencia de un mejoramiento económico. Yo lo soy por el ideal.

—Comes ideal?

—Ya encontraré la manera de vivir!

—No te hagas ilusiones, Benítez, la

vida estriba en el dinero, a su alrededor rueda la felicidad. Quien tiene dinero tiene todo.

—No, Samuel, yo soy feliz y soy pobre. Por qué? Porque la felicidad estriba en la conformidad con lo que se es y con lo que se tiene.

—Y pretendes ser comunista?

—Sí. Ya se lo que vas a decirme. Que luche por esa época mejor. Que la conformidad en la desgracia, nos produce, una reacción aniquilante y estúpida. Bien. Hemos caído en desgracia, ¿voy a lamentarme? No. Tengo fe y esperanza: eso es todo.

Las siluetas se agrandan en la sombra. El sol quema, mancha, irrita. Los bajos techos se alumbran. La arcilla roja de las tejas, se esconde tras la yerba. Techos verdes de lama, de parásitos, de helechos. Los días de sol son escasos. Agua y humedad. Humedad y agua.

Los tranvías lastiman los tímpanos. Mulas flacas y ciegas que arrastran hambrientas el verde carromato.

Los autos salpican el lodo de los baches. Dolor y miseria. Ricos y pobres; gordos y flacos...

De la cantina próxima, un borrachín salta tambaleando. Hace equilibrios en su única pierna:

—Hey! Hey! Aquí está Nacho García Cepeda, coronel de artillería, oficial de zapadores...!

Los obreros caminan... Caminan sin rumbo, sin intenciones, sin proyectos. El grave problema económico con sus amplias garras, hace presa en todos los cerebros. Vencidos? No! Nadie quiere serlo. Víctimas? Tampoco!

—Hay que luchar con más bríos y con más fe. Caemos? Nos levantamos! Volvemos a caer? A levantarse de nuevo hasta lograr el triunfo.

—Sí! Hablas muy bonito, pero yo tengo hambre y sed.

Detras de ellos, una sombra se agita en zig-zag, provocativamente.

—Hey! Hey! Aquí está Nacho García Cepeda, coronel de artillería...

En dirección contraria se acerca un obrero, lleva a un chiquitín en brazos. Marcha confiado, indiferente, silbando La Adelita.

—Ahí viene ese Santoja. Perro!

—Qué vas a hacer, Reyes?

—Acaso te importa?

Reyes desabrocha su blusa limpiecita, aprieta furioso la culata de una vieja "Colt". Santoja viene a su encuentro. El grupo comunista se desparrama y huye; solo Reyes se queda estorbando la banqueta. Sus ojos brillan y se detienen fijos; su mano se contrae. La Colt se resbala, se asoma, se prepara. Santoja arrulla al chamaco que quiere de-

sasirse de sus brazos; un borrachín se desgañita:

—Hey! Hey! Aquí está Nacho García Cepeda. Coronel de artillería oficial de zapadores... Hey! Hey!

los primeros.

—Camarada Estela, la felicito por su triunfo. Cómo hizo para dominar a tanta bruja?

—Explicar, eso es todo. La mujer quería libertad y cuando la tuvo se volvió indisciplinada. Ahora ya las ves, compañero: ordenadas y activas.

—Volverán entonces al Partido?

—Todavía no. Hace falta un poco de conocimiento y más disciplina. Por ahora, estaremos juntos, aunque no revueltos.

El viejo Anacleto dejó ver sus encías huérfanas en su risa cascada.

—Ora compañeros. A formar!

La calzada de San Blas aparecía inquieta, las blusas azules salpicaban de dos en dos el lodo de la calle. Una bandera roja se destacaba orgullosa y altanera a la cabeza de los grupos y sus letras negras parecían un reto:

SINDICATO EMANCIPADOR REVOLUCIONARIO DE SAN BRUNO

Atrás, las mujeres con sus vestidos limpiecitos alborozaban ansiosas; la tuerta Elvira sostenía en sus manos regordetas, el estandarte, rojo también como su sangre:

SINDICATO DE OBRERAS COMUNISTAS "ROSA LUXEMBURGO."

Los carteles alusivos plagiaban las miradas:

"LA EMANCIPACION DE LOS TRABAJADORES ES OBRA DE LOS TRABAJADORES MISMOS."

"LA RELIGION ES EL OPIO
DEL PUEBLO."
"PROLETARIOS DEL MUNDO,
UNIOS!"

Retratos de Lenin y Marx adornaban sombreros y vestidos. Estela con el grupo de mujeres; Velasco con los del S.E. R., daban instrucciones, ordenaban, distribuían.

—Melgarejo, te vas a formar?

—A ver ese Pancracio si dejas de molestar a tu camarada.

—Ora, no empujes!

—Cará...!

—Cuidado, compañero, tienes tres pesos de multa.

Algún chillido sacudía el ambiente:

—Estela, mira a Rosenda, me está pellizcando las nalgas!

—Qué pasa? Orden... orden...

Los chiquillos juguetones se mostraban rehacios. No obedecían. En el por-

tal de la Fábrica, Don Paco sonriendo satisfecho, observaba a sus "chamacos". Sus ojos se contraían, se agrandaban. Una cosquilla pertinaz le azotaba el rostro cada vez que miraba a la morena Estela sexualmente apetitosa.

Arriba los pobres del mundo,
en pie los esclavos sin pan,
alcémonos todos al grito
de Viva la Internacional!

La manifestación onduló nerviosa y la marcha se inició embarrada de sonrisas y de gritos; la calzada se antojó interminable en el ansia por llegar a la ciudad burguesa. El Macuiltepec se erguía temeroso; el Cerro Colorado reía de su miedo. Las aves parleras de la Hacienda, atronaban el ambiente, y un sol se ocultaba presuroso en el horizonte.

Los cerebros se inflamaron con los sonidos roncos de las voces.

Aurora roja en el oriente
anuncia con fulgor extraño
luchas de vida o muerte
para el proletariado...

Sus pechos volvían a explayarse. Segundas y primeras. Voces de bajos y barítonos:

luchas de vida o muerte
para el proletariado!

Las mujeres engarzaban una estrofa a sus labios temblorosos de fe:

Símbolo de nueva era,
aurora, luz matinal

y los chiquillos bullangueros destemplaban chillones:

del pueblo roja bandera
que anuncias su libertad!

La tuerta Elvira agitaba sin cesar el estandarte rojo y la bandera del S.E.R. seguía orgullosa señalando la ruta.

En la ciudad, la burguesía se preguntaba ignorante el por qué los "pelados"

se volvían tan "habladores". Manifiestos rojos asolaban las esquinas con sus gritos edificantes:

Camarada obrero:

La hora de las reivindicaciones se aproxima. La lucha se acerca. Prepárate! La revolución social va a ser un hecho. Engrosa las filas de la CSUM... Proletarios del mundo, uníos...

La Inspeción de Policía había reconcentrado sus fuerzas en el Palacio de Gobierno. Malditos comunistas! Reprimir todo intento agresivo; callar los insultos al Gobierno; matar si fuere preciso. Los policías formados y preparados para el crimen; en sus cerebros embotados no había comprensión de su clase humilde también explotada.

—Por qué hay que matar? —Alguno que otro se preguntaba.

El Inspector de Policía se atuzaba los bigotes. Se movía inquieto, neurasténico.

—Qué pasó con la botella que encargué?

—Ya se la traen, mi jefe.

Nerviosidad, espectación. Hay guerra? Ametralladoras y Thompsons.

Un gendarme se acerca corriendo, entrega un bulto al Jefe, que lo deshace febril, para encontrar una botella llena hasta el cuello de un líquido transparente. Una etiqueta con letras negras resalta:

TEQUILA CUERVO
EL MEJOR

Frente al local donde la F.O.M. tiene sus oficinas, grupos proletarios se mueven, preguntan, responden, vuelven a preguntar. Jarros de pulque circulan agrandando los vientres. Cerebros agitados. La contramanifestación. Líderes fomistas explican e instruyen. No dejar hablar a los comunistas. Opacar sus gritos. Apedrear. Vencer.

Por la avenida Revolución, los obreros de San Blas hieren el pavimento con sus zapatos roji-negros.

—Viva la CSUM!

—Pan y trabajo para los desocupados!

Arriba los pobres del mundo...
en pie los esclavos sin pan...

Los estandartes se agitan; los pendones rojos se levantan; las gargantas enronquecen.

—Abajo la burguesía!

—Abajo!

En la Plazuela del Carbón, los manifestantes hacen alto. Estela inyecta nuevos bríos, nuevos corajes, nuevas ansias...

—Camaradas: Los obreros de San Blas desfilan por primera vez ante los ojos temerosos de la burguesía jalapeña. Se asustan, tiemblan, se entorpecen. Nuestro reto vibra en todo corazón

valiente. Vamos hacia el triunfo. La reacción cobarde ataca por la espalda. La muerte nos acecha pero la fe nos guía. Proletarios del mundo, uníos... No espereis el triunfo que otros os ofrecen, Marx ya lo dijo: La emancipación de los trabajadores, será obra de los trabajadores mismos...!

Venid con nosotros, hermanos proletarios, seguid nuestra canción insinuante y roja, que ya palpita y treme en los aledaños de las conciencias nuevas y se abrasa de sol, y se anega en el silbido estentóreo de las fábricas sudorosas y...

Un grito afónico destempló la idea:

—Viva la F.O.M!

Fué una señal. Aullidos y gritos. Insultos y golpes.

—Mueran los comunistas!

—Arriba!

—Abajo!

Cuerpos heridos por palos y piedras, carreras... cerrar apresurado de puertas y balcones... Y de pronto, un camión se detiene, el claxon ronca, vibra, se agrada, enloquece...

—Orden!

—Apartarse!

—Fuego!...

El viejo Anacleto se llevó las manos al pecho, cerró los ojos, frunció los labios y cayó pesadamente en la banqueta. La sangre empapó el cartel de manta arrugado y sucio:

"VEN CON NOSOTROS A LA LUCHA
TAL VEZ CAERAS EN ELLA"

Más carreras, más gritos. Chillidos angustiosos de criaturas. Voces roncas, palabras obscenas...

Los recios zapatones pisaban sin piedad el cuerpo de Anacleto. Sus costillas crujen, sus huesos se astillan y la sangre brota a chorros... roja... roja...

La tuerta Elvira sigue agitando sin cesar su estandarte.

—Perros! Canallas! Criminales!

Por su brazo corre sangre. Los policías disparan sin cesar...

—Hijos de puta! Asesinos! Asesi...

Calló como el viejo Anacleto... como Rosa... como Robles... Charcos de sangre caliente... Fomistas ilesos...

—Huíd camaradas, os matan!

—Deteneós policías, asesinais a vuestros hermanos!

—Fuego!

Polvo. Humo. Gritos. Sangre...

Y en la Inspección de Policía, un señor de bigotes largos daba el último trago a una botella de tequila...

anatomía.

Estela:

Voy a morir, lo sé. Va hacia tí mi corazón y mi alma. La causa me mata.

Llevo en mi cerebro tu bella imagen convertida en religión. Mis pensamientos brotan raudos para ir a encontrar tus hermosas manos y tus bellos ojos. Adiós!

El lápiz resbaló por sus manos huesosas; una tos seca le comprimió el pecho y desgarró un esputo amarillento, donde jugaba la sangre.

Una sala alargada. Camas y camas. Enfermeras vestidas de blanco, indiferentes y frías. Gemidos dolorosos, cuerpos que se tuercen, tos, escrementos, peste.

Leoncio sumió su cabeza en la almohada y sus ojos se quedaron fijos. Estela? Velasco? Pedro?... Sombras obscuras que se desvanecen. Frío en los huesos; la muerte que acecha. Gritar, gemir, llorar. Un nudo le estrangula. Aire! Aire! Su cuerpo se estremece, se agita, se golpea, aire...

Cayó en la almohada como cae un fardo de ropa que se tira. Sus ojos abiertos se quedaron prendidos en el techo, su mano crispada se quedó estrujando el aire.

x x x

Los arcos voltáicos lanzan llamaradas de luz. En la gradería, los alumnos de medicina juegan y charlan. Autopsia.

En la mesa de operaciones un cuerpo rígido, muerto. Sus ojos prendidos en el techo, sus manos crispadas. Atención. Los bisturís rajan, cortan, abren. Pulmones deshechos. Corazón rojo. Intestinos vacíos... pus y sangre.

En el cesto de la basura, un pedazo de papel se empuerca, algo se lee:

"...Va hacia tí mi corazón y mi alma, la causa me mata..."

El cuerpo de Leoncio es una masa informe de carne y huesos. La autopsia

termina. Algún estudiante corta un dedo y se lo guarda en el bolsillo. Es para darle un susto a su novia Mimí...

un muerto.

—Hijo de perra!, a tí te buscaba.

Santoja se detuvo. El chiquillo empezó a llorar.

—Compa duches, papá.

—Qué quieres?

—Me han corrido del trabajo.

—Lo sé.

—Tú fuiste el instigador, me acusaste de comunista.

—De comunista? No. Te acusé de estafador y de peligroso. Los comunistas son mis amigos; vamos hacia la misma meta aunque por senderos diferentes.

—Sí! Eh?

—Tu no eres comunista, sino un ambicioso y vividor. Tu maldad te lleva

hasta sacrificar la vida de los obreros, con tal de crearte una personalidad. Para qué?

—Sí! Eh?

El chiquillo se desasió de los brazos y resbaló por las piernas de su padre.

—Compa duches, papá.

—Embabucas a los obreros, cobras cuotas y te emborrachas con ellas. Pides dinero a la CSUM para trabajar tu causa y el dinero te lo gastas en parrandas, te lo puedo comprobar. Eres un traidor. Acaso no acusaste a tu compañero Escamilla de pretender dinamitar la Catedral? Y no fuiste tú el que propuso se arrojara la bomba? Yo también soy testigo del asesinato de Javier.

—Sí! Eh?

—Sí! Eres un traidor y un asesino. Los hombres de tu calaña sobran en el mundo. Voy a decirle al Juez quién mató a Javier.

—Compa duches, papá.

Santoja cargó al pequeñuelo, que se abrazó a su cuello. El chiquillo volvió terco:

—Compa duches, papá.

Reyes se le quedó mirando con sus ojos vidriosos:

—Con que me vas a delatar, no?

—Crees que te tengo miedo?

—Pues anda, ve a hacerlo...

Santoja siguió su camino; Reyes lo dejó pasar... uno... dos... tres pasos y la Colt escupió sus entrañas.

El chiquillo dejó de llorar, sus bracitos soltaron el cuello. Santoja dobló las rodillas y cayó con él.

—Hijo de...

Y Reyes, furioso, dspués de quemar todos los cartuchos, pateó el cuerpo inanimado.

—Conque me vas a delatar. Eh?

Iba a huír, pero se detuvo un instante. Cerca de él un borrachín roncaba sin sentido. Su única pierna colgaba fuera de la empinada banqueta y sus manos sostenían furiosas un puñal. Reyes se lo quitó y puso en su diestra el viejo revólver. Apenas si tuvo tiempo. Dos policías se acercaban corriendo y los vecinos se atrevían a sacar la cara por las ventanas para curiosear lo sucedido.

—Qué pasa?

—Nada. Este borracho acaba de matar al compañero. Yo vi cuando disparó. El chiquillo también está muerto.

—Upa! Si está bien "cuete".

—Sí, le disparó por la espalda y se dejó caer en la banqueta.

—Llamen a la Cruz Roja, y 'usté amigo, acompáñenos pa' que rinda su declaración.

El otro guardia zarandeaba al briago tratando de volverlo en si.

—Ora amigo, párese!

—Se alevanta o qué!

—Hey!.. Hey!.. Aquí está Nacho García Cepeda... Uah!

García Cepeda devolvió los alimentos. El vómito amarillo verdoso ensució sus ropas; pedazos de chile y frijoles enteros.

—Hey!.. Hey!.. Aquí está Nacho García Cepeda, coronel de artíllería y oficial de zapadores....!

sin palabras.

Por la callejuela que va al Cementerio, bajo la sombra de los "truenos", graciosamente chuecos y torcidos, marcha una larga comitiva silenciosa y triste.

Con las cabezas descubiertas, dejando que la maraña de los pelos se agitara iracunda con el viento; las mu-

jeres con sus negros vestidos de percal y los hombres con un moño luctuoso en el brazo, caminan. El grupo se mueve sin ganas, con trabajos.

Cuatro cajas de pino se levantan sobre las gachas cabezas y los rostros demudados. En los ojos brilla una llama de odio, un deseo de lucha y un ansia de protesta. Rosa... Elvira... Anacleto... Robles. Despojos humanos, máquinas hechas inservibles por la insidia capitalista, que yacen pero se levantan en los rudos cerebros proletarios.

Algo incomprensible agita los corazones. Venganza? Tal vez! Es el instinto de conservación. Los persiguen? Los matan? Hay que defenderse.

El cementerio se presenta a la vista. Cruces... cruces. Mausoleos elegantes y lujosos donde se derrocha el dinero del burgués mientras a un lado, la tum-

ba de uno que murió de hambre. Ostentación hasta en la muerte. Tumbas de tercera clase: tierra amontonada y una rama de árbol como señal. Flores secas.

Por el amplio portal abierto pasa el cortejo, y en un rincón las cuatro cajas se sumen juntas, en común como la causa por la que dieron la vida. Y a guisa de un homenaje póstumo, las manos se agitan y los puñados de tierra suenan lúgubres en el silencio doloroso de la hora.

No hubo discursos, la emoción cerró los labios. Para qué? Vanas ostentaciones de la burguesía hipócrita. Las mujeres callaron su pena. Sólo una viejecita dejaba que la cascada de sus lágrimas quemara su rostro lleno de arrugas. Cuántos caerán igual? Nadie tiembla.

Regresaron cruzando la ciudad cobarde; sin gritos, sin insultos, sin pala-

bras. La bandera roja del S. E. R. parecía protestar iracunda por la infamia cometida.

Los transeuntes contemplaron indiferentes el dolor del proletario; y cuando el mudo desfile pasó frente al Palacio de Gobierno, atiborrado de gente presupuestívora, algunos gendarmes dejaban asomar una sonrisa de burla.

No hubo premeditación, no se pusieron de acuerdo, entonces ¿Por qué los obreros de San Blas levantaron al mismo tiempo su mano empuñada?

En la Inpección de Policía algún guardián cobarde hasta en el crimen, que comprendió su culpa, tembló un instante para después reir con una risa estúpida. Y los rostros proletarios volteados hacia la cueva asesina, parecían escupir su odio...

El camino hacia la fábrica pareció más largo y se antojó molesto. La natura-

leza muda hizo segunda en la canción sin letras de los pasos trémulos, mientras, en un despacho policiaco, un señor de amplios bigotes festejaba el triunfo de sus abnegados gendarmes con una botella de mezcal...

a las seis.

Algo intranquilizador flotaba en el ambiente. Miradas de soslayo, guiñar incesante de ojos, murmullos, voces opacas.

La prisión se movía perezosa; los fabricantes de sillas y de estatuas dejaron el trabajo. Las sesiones del Sindicato Regenerador se habían suspendido. Intranquilidad. El nuevo alcaide no dormía. ¿Qué tramaban los reclusos? La guardia fué reforzada previendo algo.

Tres, cuatro días indecisos y la calma volvió a los corazones. Risas y gritos; canciones e insultos.

Pedro, el incansable jorobado, volvía otra vez a reunir bajo su férula en el galerón de la Escuela de la cárcel, a los miembros del Sindicato Regenerador: había que pedir jabón, mejores alimentos, protestar por esa bazofia inmunda que traían a las 12 en los grandes peroles y por el agua asquerosa manchada de café. El exceso de nitro laceraba los estómagos.

Volvió a normalizarse la vida en la prisión. Los refuerzos de la guardia fueron quitados; pero entre gritos, canciones e insultos, algunos susurros tapizaban los labios:

—A las seis.

—Si, a las seis.

Grupos sonrientes con la alegría marchita de la prisión.

—A las seis.

Reclusos aislados que tejían canastas de palma o sillones de tule:

—A las seis.

Algunos recostados perezosamente en el sucio pavimento dejando que el sol quemara sus rostros mugrosos donde las chinches dejaban ruedas y manchas rojas:

—A las seis.

Algunos que rodeaban al que sabía leer y que los deleitaba al silabear un cuento de Pitigrilli:

—A las seis.

Arrastrando su giba, Pedro seguía al paracer su camino de costumbre. Un piso. Dos pisos. Tres pisos.

—A las seis. A las seis.

Los presos correccionales cuyo arresto de diez a quince días era un mero esport o descanso en su vida de borrachos consuetudinarios, se agolpaban frente a las grandes cubetas de lámina ansiosos de ser sus conductores para ir por la "ración" y dar por lo tanto un paseo fuera de los húmedos muros:

—A las seis. A las seis.

Y por las rendijas de las bartolinas donde algunos presos encerrados por peligrosos dejaban transcurrir la monotonía de las horas rascándose los piquetes de las pulgas hambrientas, algún papel se deslizaba con un cerillo.

La luz temblorosa se antojaba radiante y en el papel arrugado, ocho letras significaban mucho:

—A las seis.

536 reclusos cuidados por 10 policías y un sargento. El reloj de la cercana catedral repercutió seis veces, la campana de la cárcel le contestó también.

—A formar!

Los presos se alinearon frente a la reja. El alcaide resguardado por cuatro gendarmes, hacía el recuento de la tarde. La reja se abrió....

Los 536 reclusos como un formidable ariete, se lanzaron. No hubo tiempo pa-

ra la defensa. Los cuatro rifles saltaron de las manos para vomitar fuego. De los siete guardias que habían quedado tras la reja, sólo tres se salvaron.

Alarma... alarma... La Inspección de Policía se pone en movimiento. Los presos salían a la calle. Libres! Había que defender cara la libertad. Correr... huír...

Desorden. Confusión. Gritos.

—Párense!

—Fuego!

—Fuego a discreción. Que nadie se escape!

Espaldas agujereadas como pichanchas. Saltos inverosímiles. Miradas brillosas. Ojos desencajados. Sangre... Huír... huír...

Dertás de ellos, en coches, en camiones, a caballo y a pié, los policías los alcanzaban, los aprehendían, los mataban. Culatazos y trompadas.

—Fuego!

Confusión. Matar, matar. Gente de paz que huye de la trifulca. Equivocación en los ojos y la gente pacífica también cae.

Presos que defienden su vida como leones acorralados. Policías que caen encharcando las calles...desorden...alarma...

A las siete y media el Inspector de policía recibía el informe confidencial:

Presos existentes.	536
Muertos.	134
Heridos.	186
Reaprehendidos.	202
Presos escapados.	14

y al pie del escrito con letra insignificante, una nota:

61 particulares muertos desgraciadamente en el desorden.

y en medio, con letras mayúsculas:

6 POLICIAS HERIDOS.
2 MORIBUNDOS.
12 MUERTOS EN CUMPLIMIENTO
DE SU DEBER.

La prensa gritó chillona sus extras cada cinco minutos. La sociedad se alarmaba temerosa de sus vidas y propiedades, mientras, por el camino de San Blas, un jorobado arrastra penosamente su giba de pilón...

en San Blas.

—Camaradas: Cuatro hermanos han caído víctimas del régimen. Muchos caerán igual. He aquí el premio para los que buscan el mejoramiento obrero y el triunfo de la causa que hemos abrazado. El trágico preludio de nuestra actuación puede haber influído en vuestros cerebros. He aquí nuestra lucha! He aquí sus consecuencias! Qué pensais de ello?

Estais dispuestos a seguir? Acordaos que es tiempo de volver atrás.

—Nunca!

—Seguiremos adelante.

—Pido la palabra.

—Puede hablar la compañera Estela.

Estela se puso en pié. No hubo gritos, ni risas, ni insultos. Las palabras obscenas habían sido desterradas. Pero los gritos? Las risas? El luto había comprimido los pechos e inflamado los ojos. Odio.

—Camaradas, voy a ser breve. Ya visteis como cayeron nuestros amigos; fué el reflejo de lo que a vosotros os puede acontecer. Nunca os pasó algo igual, solo hasta ahora, cuando nosotros os trajimos nuestra fe y nuestras ansias. Elegid en los dos caminos que nos quedan: nuestra pasiva sumisión o la lucha sin cuartel en aras del ideal exponiendo vuestros pechos a la bala asesina.

Las gargantas se contrajeron en un grito, uno solo que llenó el salón. Sin chillidos, sin voces fuera de lugar, sin agregarle una sola sílaba extra:

—Viva la C.S.U.M.!

Y el dolor volvió a ser callado. Alguien no pudo contenerse y espetó su reto con una voz temblona por el odio:

—Malditos "tecolotes". Ojalá los coja!

—Ellos no tienen la culpa, camarada. Es el régimen. El policía mata cuando esa es la consigna. Mandan matar porque saben que es la única manera de callarnos. Son explotados como nosotros, son humildes como nosotros y sufren lo mismo que nosotros.

—Pero son los esbirros del gobierno!

Y por primera vez, después de la tragedia, los camaradas volvieron a gritar y a ensordecer con sus aullidos. Gritos distintos a los otros, preñados de odio y de coraje, ansiosos de un desquite.

Se pusieron en pie.

—Muera el gobierno!

—Vivan los camaradas caídos!

—Viva la C.S.U.M!

—Muerte a los asesinos!

Sus manos empuñadas golpeaban iracundas al aire enrarecido del Salón, y cuando Enrique pretendió calmar los ánimos, una voz que la rabia hizo poderosa lo calló:

—Juremos seguir por el camino en pro de nuestra clase aunque la muerte cierre nuestros labios! Juremos vengar a nuestros hermanos cobardemente asesinados!

Mujeres y hombres unidos. Todos extendieron su brazo derecho repitiendo una frase igual que brotó pura y sincera de los labios trémulos:

—Lo juramos!

—Compañeros, sentaos. Yo también juro seguir el camino que he tomado con

la alegría de mi corazón; y juro hacer todo lo posible porque el asesinato de los camaradas no quede impune; pero la razón también manda. Camaradas: redactemos un manifiesto de protesta!

—Si!

—Si!

—...y propongo que una comisión entreviste al Gobernador del Estado para solicitar garantías.

—No!

—Si!

—No!

—Camaradas—gritó Enrique— ¿Por qué vamos a pedir garantías a quien nos manda matar? ¿Por qué vamos a doblegarnos ante el que atacamos y acusamos como autor intelectual de la muerte de nuestros compañeros? Protesto!

—Si!

—No!

—Compañeros —arguyó Estela— No se trata de pedir ni doblegar nuestra

voluntad; se trata de exigir. Como miembros de la Sociedad, nos acogemos a las leyes del País. Tenemos derecho de expresar nuestras ideas y exigir garantías. Apoyo la proposición del compañero Velasco.

—Compañeros, no os dejeis arrebatar por la justa y comprensible indignación que ante la injusticia cometida salta a nuestros corazones; debeis también hacer uso de la razón. Procuremos por los medios legales y pacíficos, encontrar protección a nuestras vidas y si eso no fuere posible, defendámoslas con las armas en la mano!

—Viva el Sindicato Emancipador Revolucionario de San Blas!

—Viva!

—Camaradas, nuestros enemigos no tan solo son los servidores del capital; desgraciadamente, el grupo obrero antagónico en cuestión ideológica, se suma

a ellos. Es de lamentarse que nuestra misma clase se divida. Si la muerte nos persigue, debemos armarnos. Somos animales. No tenemos espíritu de sacrificio que llegue al grado de recibir balas con la sonrisa en los labios. Nos matan. Hay que defenderse!

La compañera Canseco solicitó la palabra.

—Yo no me opongo a lo que Rodríguez les dice, pero creo que tanto los soldados como los policías como los obreros fomistas, son nuestros camaradas. Están equivocados, siguen caminos opuestos al nuestro, si, pero no dejan de ser como nosotros, clase explotada. No ataquen jamás. Y cuando tengan que defenderse, no lo hagan como comunistas sostenedores de una idea, porque lo que la idea necesita, son cerebros y gargantas que en su labor, persuadan. Hagan uso de las armas, como animales, como hombres

que poseen instinto de conservación; empuñen el puñal para defender nuestra vida, no el ideal!

—El ideal y la vida, por qué no?

Los rostros se volvieron para contemplar el aspecto ridículo de un corcovado que atravesaba el salón meciéndose en sus pies.

—El ideal y la vida, compañeros. He escapado de la cárcel; creo que Leoncio les escribió acerca de mí.

Los cerebros trabajaron rápidamente. Si. Era Pedro, el camarada jorobado quien relataba su teatral fuga.

—...busco protección. Pueden dármela?

—Los desgraciados son bien recibidos entre nosotros.

—Yo trabajaré. Hay trabajo?

—Si. Cuatro vacantes.

—Yo seré un camarada fiel.

Los obreros de San Blas lo rodearon y Pedro volvió a contar su historia. Ma-

nos amigas se estiraron. Sonrisas benevolentes lo acogieron.

—Adelante proletarios del mundo!

—Adelante en la lucha!

—Adelante!...

—...pues bien, defendamos la vida y el ideal con las armas en la mano!

convenio.

—...y por qué Santoja pugnaba porque lo corrieran del trabajo?

—Por qué andaba usted con él si eran enemigos?

—Y cómo se explica que García Cepeda haya podido disparar a la espalda de Santoja si estaba delante de él?

—...y por qué el revólver tiene marcadas sus iniciales?

Reyes bajó la cabeza confuso y abatido. Se levantó de la silla y gritó furioso:

—Si! Yo lo maté. Y ahora qué?

—Hace quince días que está usted en la cárcel. Es confortable, verdad? Buenos alimentos, camas mullidas, periódicos, luz en abundancia, etcétera, etcétera.

Una corriente nerviosa atravesó el cuerpo de Antonio Reyes y sus ojos aterrados se quedaron mirando al Jefe de la Guarnición.

—Oh! Me voy a morir ahí. Quiero ser libre!...

Dejó caer su cabeza entre sus manos trémulas y lloró cobardemente. El coronel Segura sonrió satisfecho.

—Yo le ofrezco la libertad.—dijo.

Reyes volvió a mirarle.

—Si, se la ofrezco. Usted es comunista. No? La C.S.U.M. se ha estado moviendo para sacarlo de la cárcel. Usted va a recuperar su libertad gracias a la actividad que su organización despliega,

Y el Jefe de la Guarnición soltó una carcajada ruidosa y destemplada.

—...La CSUM? Valiente atajo de holgazanes servidores de un país extranjero. Ya caerán bajo el brazo del Gobierno y daremos buena cuenta de ellos. La CSUM?...

Volvió a reírse largamente, con una risa histérica. Reyes siguió mirándolo con sus ojos vidriosos. ¿Qué se propondría el coronel?

—Cerca de Jalapa hay una fábrica, la de San Blas. De un tiempo a esta parte los obreros se han vuelto impertinentes. El Gobierno no quiere reprimir con energía sus actividades disolventes porque piensa y con razón que todo es obra de unos cuantos. Usted es comunista, se va a trabajar a San Blas y a denunciar a todos los líderes, a todos los jefes principales que azuzan a los obreros. Eh?

Reyes siguió mirándole con sus ojos vidriosos. Qué despreciable! Una traición? Nunca!

—No! A ese precio no!

—No? Prefieres la humedad de la celda? Al suelo frío? A la carne podrida? A las pulgas? Doce años! Sabe usted lo que son doce años?

Reyes se volvió a estremecer. Un sudor frío bañaba su frente.

—Y será usted un agente secreto del Gobierno; ganará sesenta pesos mas su sueldo en la Fábrica, amén de alguna que otra recompensa. Qué dice?

—Oh! la prisión. El aislamiento, la muerte lenta...

—Si! —gritó— Acepto!...Acepto!...

Reyes se mordió los labios hasta hacerse sangre. Rechinó los dientes y obligó a los labios a exclamar: Si! Si!, varias veces.

Su conciencia le decía que era un cobarde y se lo repetía a voces:

—Cobarde! Cobarde!

Y Reyes volvió a esconder su cara entre sus manos temblorosas pálido de vergüenza. El coronel Segura volvió a reír y se alejó con la risa en los labios.

Pasaron tres días, Reyes se embarcaba rumbo a Jalapa, mientras un pobre cojo oía la sentencia del Juez:

...y se le condena a doce años de prisión por el homicidio perpetrado en la persona del que se llamó Manuel Santoja, ocurrido el día diez de enero del corriente año...

García Cepeda sacudió la reja. Empuñó las manos. La sombra de su mujer y sus cuatro hijos, vinieron a su mente y lloró como cualquiera hubiera hecho al recibir tamaño bofetón de la justicia siempre mercantilista y de propósito ciega...

en la escuela.

—El niño Roberto me rompió mi cuaderno.

—El me aventó el lápiz, señolita.

—Qué es eso camarada? Tienes que portarte bien. Deja en paz a tu compañero y escribe tu lección.

be a ba te a ta bata.
be o bo ele ala bola.
ce a ca ese a sa casa.

—Señorita, mire usté a Manolo me está peñizcando.

—Manolo? Te voy a castigar como no te portes bien.

—Si él me puso una tachuela en la silla, señolita.

Estela resistía sin desmayar las travesuras de los chicos. Uno aventaba bolitas de papel, otro hacía cosquillas a

su compañero, los de más allá se daban de puñetes; y Estela, pacientemente, aguantaba sus diabluras, los correjía, los enseñaba.

—Qué clase de camaradas son ustedes? Todo el día están peleando y sin estudiar. A ver el camarada Ramirito. Cuánto es ocho y cinco?

Ramirito se ha quedado estático. Se pone de pie lentamente pensado la respuesta:

—8 y 5? ah! 26.

—No señolita, son tleinta y dos!

—Ujule si son diez y ocho.

—Veinte.

—Treinta y cuatro.

—Cualenta!

—No! no! Por qué no estudian? Son ustedes muy flojillos. Qué van a ser cuando sean grandes?

—Yo voy a ser sastre.

—Lo que van a ser, son unos burros esclavizados en el trabajo.

—Qué es esclavo?

—El hombre dominado por otro hombre.

—Y por qué lo domina?

—Y por qué se deja?

Los eternos por qués de los niños ponían nerviosa a Estela. Qué difícil era enseñar; y sin embargo, su fe y su constancia la hacían salir avante. Días y días de trabajo mental; de cuidar y lidiar a los chiquillos traviesos hasta lograr imbuirles educación y conceptos.

—Dios? Una ilusión, camarada. Dios no existe.

—Y cómo mi mamá me dice que sí?

—Tu mamá? Yo voy a hablar con ella, no le creas.

—Pelo dice que María Santísima también es mi mamá. Veldá que sí?

—No Paquito, no es cierto. Yo le diré a tu mamá que no te enseñe mentiras.

Y como desesperaba Estela al ver a las camaradas desbaratar con una sola

palabra el trabajo laborioso de días y de meses.

Superstición. Había que educar a las madres. La ignorancia ponía en los corazones dudas y asombros. Y qué bien se explotaba la ignorancia! Dios. Dios.

El silbato de la fábrica lanzó su chillido destemplado. Los chiquillos abandonaron la Escuelita corriendo y revolcándose en el lodo. Estela se quedó en el umbral observando a sus pequeños camaradas que hacían sufrir a un cerdo perezosamente echado al pie de la banqueta. Perros flacos que buscaban en la basura algo comestible. Gallinas y pollos picoteaban por todos los rincones mientras un camarada bien borracho se dejaba caer pesadamente.

—Alcohol —pensó Estela— vicio estúpido que lastima el organismo y degenera la raza. Había que terminar con él.

Una cochina recién parida sacudía a la ventregada que chillaba por las ubres vacías y un asno rebuznaba sexual.

—Qué me contesta, Estela?

Estela volvió el rostro. Don Francisco estaba a su lado.

—No puede ser, don Paco.

—Pero usted sabe que la quiero. Cásese conmigo, Estela. Le ofrezco todo lo que un hombre puede dar a la mujer que ama.

—Si?

Estela rió alegremente. El bonachón de Don Paco se ponía ridículo cuando hablaba de amor.

—Nos iremos a España, a Italia, pasaremos nuestra luna de miel en Europa y hasta prometo llevarla a Rusia; acepta?

Estela siguió con la risa en los labios.

—No Don Francisco, es usted mi amigo y un buen camarada, pero de ahí no pasa.

Don Francisco frunció el seño y se alejó pensativo. Se había llevado plancha y le dolía el fracaso. Estela le vió alejarse y borró de sus labios la sonrisa.

No, no lo quería. Y qué? Estaba en la edad del amor, pero el maldito no quería llegar a ella. Le ofrecía dinero, paseos, vestidos. No. Ella no quería eso, quería algo más. Romántica? Tampoco, necesidad espiritual y deseo de permanecer en su medio para luchar como siempre. Sacudió su hermosa cabeza como para alejar los pensamientos que la oprimían. Se acordó de Manuel y de Fidencio que desde el cercano cuartucho la llamaban a comer.

Atravesó la sucia calle donde un asno copulaba. Las mejillas de Estela se encendieron, algo sacudió su organismo mientras algunos camaradas gozando de la escena, gritaban y reían.

reyes ingresa.

—La CSUM nos recomienda al camarada Antonio Reyes y la recomendación salía sobrando puesto que aquí hay trabajo para los que quieren trabajar, máxime cuando se trata de compañeros que luchan por la misma causa. Sepa el camarada Reyes que este grupo lo recibe con los brazos abiertos.

La cara de Antonio Reyes recordó a los tomates maduros. Su voz tembló al contestar.

—Gracias.

—Camarada, por qué no nos cuentas algo de la lucha en Orizaba?

—Va bien compañeros, solamente que la policía y la Federación se mueven más aprisa. Yo escapé de milagro ya que al ser muerto un obrero fomista, a mí me achacaron el crimen.

Reyes hizo una corta pausa y prosiguió inquieto.

—La CSUM defendió mi inocencia que se pudo llegar a comprobar y por eso aquí me tienen ustedes dispuesto a seguir el mismo camino optimista para llegar lo más pronto posible, a la etapa proletaria a donde ya llegó Rusia.

—Viva la URSS!

—

Estela pidió la palabra.

—Compañeros —dijo— estamos luchando por sostener y llevar siempre adelante, nuestra roja idea. Los camaradas se han armado para defender su vida, sin pensar que dentro de nosotros también hay enemigos que llegan para arrastrarnos a la sima.

Reyes se volvió inquieto y cobarde. Sabían algo? Sus piernas flaquearon y tuvo necesidad de apoyarse en la pared para ocultar su miedo. Pedro el jorobado le observó detenidamente. Por qué se asustaba el nuevo camarada?

—...hoy me referiré a uno de los principales, el alcohol.

Reyes respiró con tanta fuerza que todos lo miraron.

—Si, el alcohol! Compañeros obreros, estais minando vuestro organismo y degenerando la especie. Antes había razón para que os emborracharais, pero ahora? No teníais mayores satisfacciones ni más placeres que tomar aguardiente hasta perder el sentido o maltratar a vuestras esposas para después poseerlas. Pero ahora? Teneis que luchar por una idea grande y noble. Teneis que educaros. Aquí está vuestra Biblioteca que yace inservible. Leed! Instruíos! aprended! Dejad el alcohol que lastima y llaga vuestro estómago.

De vuestra paga, más de la mitad para en la cantina. Manteneis con vuestros bolsillos a ese haragán que os envenena. Compañeros, seamos fuertes! La comu-

nidad desterró el lenguaje obsceno. Desterrad también el vicio!

Pido que inmediatamente sea expulsado de San Blas, ese cantinero que os explota y os mata. Muera el alcohol!...

Las mujeres gritaron, dos o tres camaradas protestaron. No hubo necesidad de discusiones y nuevos discursos. Lanzando vivas y mueras, todos se encaminaron a la taberna.

—Camarada: La comunidad, en vista del mal que le haces y le has hecho al vender alcohol y al envenenarnos con tus sucios menjurges...

El cantinero gimoteó espantado:

—Pero si les vendo limpio, yo no soy puerco... La verdá de Dios!

—Pues bien, en vista de que eres un individuo peligroso y peligrosa tu mercancía, te damos una hora de plazo para que te largues de aquí con todo lo que te pertenezca, entendido que dentro de

una hora la comunidad destruirá todo lo que te quede y pueda hacerle daño. Comprendes?

Los de San Blas volvieron a escandalizar. Las mujeres rieron de alegría mientras el pobre cantinero se arrancaba los pelos, desesperado.

—Bandidos! Desgraciados! Me van a "fregar"...

—Sin insultos camarada cantinero, que ya nos has amolado bastante, y arrea pronto que el tiempo vuela.

—Canallas! Mé quejaré en Jalapa, esto no se queda así.

—No camarada, si va a arder.

El cantinero se sentó en el sucio mostrador y aturdió con sus chillidos de protesta. Varios obreros observaban sus relojes. El tiempo corría...

En el Palacio.

Las Remington tabletean incansables. Oficios, cartas, acuerdos. Empleadas que se distraen platicando de los hombres. Algún empleado pellizca el muslo carnoso de su compañera; risas, pláticas. Gente que sube y baja por la escalera de granito y el timbre de la Legislatura que suena incansable llamando a sesión. Diputados de fluxes nuevos y finos que no les "caen" bien. Sombreros tejanos, botines.

—Te espero en mi cuarto?

—Si Chulo, tan pronto salga me voy allá.

El hombre que se despide con el brillo en los ojos imaginándose los instantes de dicha y la empleada que se aleja in-

diferente sin darle importancia al convenio. Muchachitas demacradas y pálidas que a través del carmín gritan su menstruación. En el portal un policía pasea inquieto en su guardia de dos horas mientras otro, a media calle, atisba el color de los autos que se acercan.

A la derecha, la Tesorería General con rejas de acero. Un maestro de escuela con sus recibos a los que ha tenido que agregar otro papel para las firmas.

Páguese.—El Tesorero General.

Visto Bueno.—El Gobernador.

Páguese en la Tesorería...

Páguese con preferencia.

Páguese en la Administración.

Y con tantos págueses, el maestro implora y suplica. Un señor que de tan alto tiene que jorobarse, asoma sus lentes jinetes sobre una nariz aguileña:

—No hay dinero!

—Pero señor, si siempre me dice lo mismo!

—Pues no hay dinero!

—Ya son tres meses y el Gobernador me dijo...

—No hay dinero!

El maestro abandona su terquedad y se aleja compungido sin leer el aviso que decora la parte superior de la ventanilla de pagos:

"POR ENCONTRARSE LOS SUELDOS AL CORRIENTE, NO SE ADMITEN VALES"

Un diputado cobra sus mil pesos y recibe trescientos de anticipo. Papeles... papeles. El pagador de la Escuela Preparatoria, de las seis quincenas adeudadas, logra cobrar una. Papeles, papeles.

Sueldos de sesenta pesos con sus correspondientes descuentos:

Para la refaccionaria..	$	2.00
Seguro del maestro.	,,	3.00
6 maestros muertos.	,,	6.00
Un día de haber para los damnificados.	,,	2.00
TOTAL:	$	13.00

Las Remington siguen trabajando infatigables. En la policía Judicial una señora acusa a su marido de mal trato. La oficialía de partes no descansa. Las lenguas se pegan de tanta goma que tienen las estampillas. Coches que entran y salen. Jefes que roncan apaciblemente.

Los corredores del segundo piso, están pletóricos. Campesinos recostados sobre sus cobijas grises y con su bastimento al lado. Licenciados, tinterillos, comerciantes. Una mesita para llenar las solicitudes de audiencia. Mozos desatentos. Charlas y risas.

MEZCLILLA

Un grupo de obreros procura aislarse para platicar. Humo, esputos. Las empleadas entran y salen. Los empleados entran y salen. Salir. Entrar. Los jefes siguen durmiendo. En una esquina, las letrinas marean con su olor insufrible. El timbre de la Legislatura lastima los oídos.

De pronto, un auto azul atraviesa el portal, el claxon suena estrepitosamente. Alboroto.

—Guardia a formarrr!

—Salúddd!

El coche irrumpe con velocidad asombrosa. Los frenos crujen; las ruedas derrapan, chillan. La inercia sacude los cuerpos. El Gobernador abandona displicente el confort del carro.

La gente se arremolina, los de abajo forman una larga cola tras la figura del primer Magistrado; los de arriba hacen valla de honor.

El gobernador camina repartiendo saludos en breves inclinaciones de cabeza. Las manos en los bolsillos. De tan erguido, su cuerpo parece una interrogación. Ojos pequeños que se mueven inquietos. Sonrisa forzada. Los jefes de los Departamentos, han dejado de roncar y se acercan para dar los buenos días a su Jefe. Todos pugnan por entrar a su despacho. Los fuertes mozos defienden la puerta. Hay que anunciarse. La sala de espera es reducida. Bancas. Bancas. Alguna señora enlutada salpica como mancha de tinta el ambiente enrarecido... Algún empleado habla en voz alta:

—Si! Yo soy anticlerical. Es una vergüenza que el pueblo tenga que sostener curas haraganes y explotadores.

Alguién sonríe. Recuerda haber visto a ese anticlerical dándose golpes de pecho en tiempos de Don Teodoro.

—No hay más rey que el estómago. La ideología es su lacayo.

—Oye camarada, por qué se llama esto Palacio de Gobierno? Yo creo que debería decirse Casa del Pueblo, no crees?

—Pos eso dicen...

En un rincón, Velasco, Enrique y Estela, esperan ser llamados. Comisión de Obreros de San Blas. Los empleados se mueven presurosos para llevar los papeles a firma. Los jefes van de acuerdo. Acuerdos. Acuerdos.

—Oye "vale" aquí todo se arregla con el "viejo", verdá?

—Pos la verdad, toditos tienen que pedirle parecer. Los jefes no son jefes, no disponen, no hacen nada sin preguntarle al "mero tetiasca".

—Pos yo creo que hasta pa'cagar acuerdan, no crees?

La risa estalla ruidosa y se pierde lentamente.

Pasan los diputados, los amigos, los agraristas...

El conserje grita con voz estentórea:

—Comisión de San Blas!

La Comisión abandona sus posturas inquietas. Al fin. Atraviesan la sala de espera. Otra sala donde los amigos del Ayudante juegan al dominó. Luego el despacho del Jefe.

El Gobernador se encuentra de pié, es su costumbre. Una sonrisa se dibuja en el rostro que recuerda a los déspotas. No es un ser agradable ni es un tipo de hombre atrayente; pero es popular. Las masas tienen confianza en él.

La Comisión de San Blas se prepara. Sabe quien es el Jefe: mañoso y "trucha". Los minutos pasan veloces. Hablar... hablar...

—Es usted un verdadero revolucionario? Su actuación puede ser falsa y por lo tanto usted puede ser un peligro para nuestra clase.

No cabe duda que los de San Blas son valientes. Caen bien.

—No habrá escándalos?

—No.

—Ni riñas?

—No.

—Ni insultos?

—No.

—Bueno, y ustedes por qué no forman una cooperativa?

—Creemos en su fracaso. Usted, por ayudar a las cooperativas, extorsiona al pueblo.

El gobernador pone cara de asombro.

—Si, las que hasta la fecha se crean, no son cooperativas puesto que el pueblo no recibe beneficios, sino al contrario. Las actuales sociedades se han conver-

tido en una especie de pequeños truts. La cooperativa de Luz y Fuerza? Bah! Unos cuantos empleados que ganan buenos sueldos a costa del pueblo que tiene luz mala y cara. Y usted, por ayudar a unos cuantos que no pasan de veinte. no deja que la compañía de Altotonga traiga energía eléctrica. Mata usted la competencia. El pueblo es el "fregado". La cooperativa de leche? La refrigeradora? Ganaderos acomodados. Leche mala, revuelta, asquerosa y a veinte centavos el litro. La clase pobre sufre. Los estómagos se lastiman. Y usted, por ayudarlos, no concedió que un individuo de Puebla nos trajera leche buena y a diez centavos el litro. La cooperativa de molinos? Igual. La de panaderos? Igual. Su famosa refaccionaria se ha vuelto casa de cambio a costa de los pobres empleados que mes a mes dan su dine-

ro, mejor dicho, se lo quitan; y sin obtener ningún beneficio.

El Gobernador se ha quedado pensativo. Cooperativista entusiasta, casi fanático, piensa que hay alguna razón en las palabras de los compañeros. Qué beneficio recibe la masa con las actuales cooperativas?

La plática aumenta, disminuye. La intensidad sube y baja. El hombre socialista. Las manos se estrechan y un papel se agita por el viento.

ACUERDO: El Cº Inspector de Policía se servirá impartir toda clase de garantías a los obreros de San Blas y se abstendrá de molestarlos en sus manifestaciones, siempre y cuando no se altere el orden.

Los obreros salen con la satisfacción en sus semblantes. El gobernador es un verdadero revolucionario. Tiene ideas avanzadas, pero. . . no será "coba"?

Es un desorientador y por lo tanto un individuo falso y peligroso? o efectivamente un hombre de porvenir para la masa trabajadora?...

La duda queda golpeando los cerebros y se estanca. El timbre de la Legislatura sigue sonando impertinente...

San Blas juzga.

Los obreros y obreras de San Blas se hayan reunidos en su salón. La roja bandera se destaca con su moño luctuoso. La muerte de los camaradas no se olvida. Velasco preside. A su derecha, Estela y Enrique; y a la izquierda Pedro el jorobado y el viejo Chepe. Han sido nombrados jueces. Enfrente de la mesa, un banco donde la camarada María Sánchez se sienta. No es fea. Algo le duele porque a menudo hace muecas

dolorosas. Sus ojos se hunden en ojeras violadas.

—Camaradas: damos principio al jurado. Suplico orden.

La súplica no hacía falta. Algo llenaba la atmósfera serena y exenta de gritos.

—El compañero Morales tiene la palabra.

Rubén Morales se ha puesto de pie... La tez morena tiene ahora color de asfalto y sus labios tiemblan.

—Camaradas: Hago uso de la palabra. Si. Para acusar. Esto es un jurado y está bien. No tenemos necesidad de la justicia burguesa; somos casi una pequeña república comunista dentro del Estado adicto al capital. Nuestro medio no puede llegar a ser un verdadero medio comunal puesto que estamos aislados, pero hacia allá vamos. Tenemos nuestras fronteras. En todo el país se

habla de San Blas como el Soviet Veracruzano. Esto es casi un Soviet en miniatura, por eso acuso ante él.

El silencio era único. Los ojos prendidos como alfileres a los labios del camarada Morales que movía inquieto sus largas piernas y se paseaba delante del grupo constituído en jurado.

—...en ese banquillo está la compañera María Sánchez. No digo que es mi mujer, no. Es simplemente una compañera.

Morales empezaba a animarse. Sus brazos golpeaban el aire.

—Y María Sánchez ha cometido un crimen, una monstruosidad. Ya saben de qué se trata. Ella parió. ¿Por qué asesinó al inocente que vino al mundo? Porque sabía que no era hijo mío? Acaso yo le reproché el que hace diez meses me dejara para irse con otro? Su querido la abandonó y volvió a su casa. Si!

A la mía! Acaso no la recibí con la sonrisa en los labios?

Morales hizo una pausa. En su rostro vibra la emoción y sus pupilas inyectadas gritan su ira.

—Siete hijos tenemos. No había razón para matar al octavo. Porque no era hijo mío? Bah! Al hijo no se le quiere por el hecho de engendrarlo. En el espasmo, jamás pensamos en el fruto. Un padre quiere al hijo porque con él vive, sufre, goza. Por qué no había de querer al nuevo niño? Por qué?...

Silencio. La compañera Sánchez desde su banquillo, miraba al esposo convertido en fiscal. Una gran pena se asomaba en su cara mustia y pálida.

—Pero ésta lo mató! Si camaradas, lo mató! Maldita! Qué derecho tenías para quitarle la vida?

La acusada saltó de su banco.

—Camarada Velasco, quiero hablar, quiero hablar!

—Espera María, te llegará el turno.

—...Ella le quitó la vida! Lo estranguló mientras brillaba en sus ojos odio y desprecio. Ni siquiera dejó que alguien lo viera aún después de muerto. Ella lo mató! Camaradas: pido en nombre de la justicia, que se castigue este crimen y que el castigo esté de acuerdo con la monstruosidad cometida!

Rubén Morales ocupó su asiento. Se calló pero sus brazos seguían golpeando el aire. En sus ojos fulguraba la ira.

—La acusación tiene la palabra. Alguien más acusa?

María Sánchez causaba lástima. Para qué echar más lodo? Ella había cometido un crimen y debía castigársele. Ya el marido había dicho todo.

—La defensa está en turno. La acusada puede hablar.

María se levantó con trabajo. Le dolía el vientre mal fajado. Miró a su ma-

rido con unos ojos suplicantes y empañados y su voz sonó ronca y fuerte.

—Yo maté a mi hijo! Sí! Yo fuí. Quise contarle el por qué a mi marido, pero no me escuchó. El no lo sabe todo, ahora lo sabrá. Que yo lo abandoné? También es cierto. Cuánto ganaba antes de mi huída? Un peso diario. Yo cuidaba a los chicos: siete niños que pedían pan. Con qué lo comprábamos? Quedó sin trabajo. Se enfermó otra vez. El era bueno y yo le quería...

La camarada se calló un momento. Volvió a mirar a su "viejo". Se apoyó en la mesa y ladeó su cuerpo.

—...y todavía le quiero —agregó en un susurro— Sí!, le quiero. Huí de él, es cierto; me espantó tanta miseria y tanta desdicha. Con amor y cariños no se come. Mis hijos pedían pan, y yo también tenía hambre. Huí de su lado con un hombre que me engañó dejándome

en el arroyo. Yo sé que no soy fea a pesar de los ocho hijos. Fuí criada, barrendera, prostituta; y volví a él, cobarde y miedosa. Volví a sufrir, porque le amaba, porque quería a mis hijos. El me recibió sin reproches. Cuando vine, yo no estaba embarazada. El hijo que maté era hijo suyo! Suyo!

Los ojos se agrandaron en el asombro. María echaba por tierra su única disculpante. Entonces, por qué había matado a su criatura?

—La miseria hace muchas cosas. Cuando la sufrí, pensé en matar, pero ellos me sonrieron siempre. No es más criminal parir hijos que luego han de morir de hambre? Ahora Rubén está mejor, gana mejor salario, es cierto; pero antes? El niño que maté era de siete meses, no de nueve como cree él. Era hijo suyo. Se formó en una noche de borrachera, yo traía el estigma del

arroyo: enferma, desgraciada y él borracho. Qué sér nacería? Los abortos irritaron mi organismo, sin lograr su objeto. No decía nada. Pienso que es necesario el control de la natalidad, como dice la compañera Estela; pero eso no es del parecer de mi marido. Por eso el niño tuvo que nacer y nació. Oh! Ustedes no lo vieron. Raquítico. Sus ojos abultados les hubieran dado asco. Su monstruosa cabeza hubiera movido a lástima; manos deformes, pies desmesuradamente grandes, un idiota! Y era mi hijo! Sí! Mi sér de madre lo atrajo...

María agachó la cabeza fatigada. Un murmullo tenaz agitaba su cerebro.

—...pensé en su vida. Un ser inservible, deshecho, basura, estiércol. Por eso lo maté! No abrí los ojos. No! Los cerré para no ver su agonía. Este es mi crimen. Querían ustedes que lo dejara vivir? Castigadme pues!

María ocupó su banquillo. Estela se levantó para servirle de apoyo. El silencio reinó un instante y los murmullos volvieron más fuertes.

—Camarada Velasco, retiro mi acusación.

Una voz de mujer chilló destemplada:

—Pero tenía derecho de matar? Acaso ella es Dios? Ese fué el castigo de su putería y de la borrachera.

—Sí tenía derecho!

—No!

—Era hasta un deber.

—Dónde está Dios?

—Silencio!

Los jueces conferenciaron brevemente. Qué se resolvería? Los obreros callaron nerviosos. Se pusieron de pie.

—Camaradas —dijo Velasco— depositásteis en nosotros vuestra confianza para juzgar este caso y en nuestro parecer está la no culpabilidad de la acusada. María Sánchez queda absuelta.

—Bien!

—Bravo!

Un aplauso repercutió largamente. María estereotipó una sonrisa dolorosa. Morales se le acercó.

—Vamos a casa?

Ella le miró con sus ojos empañados, le cojió del brazo y dejó caer la cabeza en su pecho.

—Vamos —dijo.

Y empezaron a caminar sobre el rojo ladrillo. El sol se ocultaba lentamente. .

motín.

—Hey! Hey! Paren las máquinas! Afuera los hombres! Hey! Hey!

Los gritos se perdíam en el ruido espantoso. No se oía nada. Los obreros contemplaron la figura ridícula del camarada jiboso que manoteaba al aire y parecía gritar. El caló mímico funcionó.

Pedro alzó los brazos, los bajó, cruzó la pierna, movió los ojos, se tocó la barba, el pelo, frunció la boca, extendió los dedos, sacudió los pies.

Siendo tan grande el ruido de la fábrica, los obreros habían inventado un lenguaje mímico. Pedro les decía que peligraban sus vidas, que debían salir.

Los obreros se arremolinaron frente a él porque Pedro se había quedado de guardia en el observatorio del cerro. El silbato de la fábrica sacudió el ambiente con su grito de alarma, las máquinas empezaron a pararse lentamente. Pedro gritó:

—Los de la FOM vienen en camiones, traen rifles; las pistolas en la mano! Nos quieren jugar alguna mala partida! Hay que armarse!

Los obreros corrían en todas direcciones por sus escopetas, por sus cuchillos,

sus revólveres. La puerta de la fábrica se atrancó con fuertes barras de hierro.

Dos... cuatro minutos. Tres camiones doblaron el recodo. Qué querrán?

No hubo tiempo para pensarlo, los obreros de la FOM dispararon sus armas.

—Mueran los comunistas!

Era un asalto perfecto.

Tiros... tiros... tiros... Los de San Blas, parapetados en las puertas, en las ventanas, en las murallas. Disparos, humo blanquecino. Olor a pólvora. Los revólveres agotaban inútilmente su fuerza destructora.

De pronto, un pañuelo se agitó en el grupo Fomista. La lucha cesó un momento. Velasco parlamentó:

—Qué quieren?

—Venimos a trabajar en la fábrica. Les damos cinco minutos para que se larguen.

—Sí? A ver si pueden sacarnos. Viva la CSUM!

—Viva la FOM!

La contienda volvió estúpida. Carne igual que trataba de herirse y despedazarse. Obreros contra obreros; idiotez. Las balas silbaban por donde quiera. Lucha fratricida, odio intergremial.

Don Francisco daba vueltas a la manigueta del teléfono. Maldita central!

—Eh! Bueno? Bueno! Bueno central! Eh? Comuníqueme con la Inspección de Policía. Pronto! Urge!

—Bueno? Bueno! Bueno?

—San Blas... Sí! San Blas: Eh? Hay un motín. Los de la FOM asaltan la fábrica. Pronto! Muertos? No sé. Ha de haber varios. Pronto! Pronto!

Don Paco soltó el auricular. Gruesas gotas de sudor bañaban su rostro colorado.

—Pardiez! Que ezto ce pone azul!

Las mujeres atrancaban las puertas. Varias obreras disparaban. Desde la tienda, algunos comunistas hacían fuego. Las balas brincaban en el agua de la presa, o se estrellaban en las rocas; las paredes de caliche se desmoronaban. Una mujer chillaba desconsolada:

—Malditos! Mi pobre Omar! Malditos!...

Omar yacía en medio de la calle; cuatro balas habían perforado su cabeza. Por la trompa le corría la sangre, sus cortas patas se agitaban en la agonía. Era un magnífico cerdo y esos fomistas se lo mataban. La vieja seguía chillando:

—Mi pobre Omar...! Perros!...

La balacera seguía implacable. Los cartuchos se agotaban. Varios camiones detuvieron su marcha vertiginosa, uno

se estrelló contra la pared. Los policías saltaron ágiles.

—Alto! Qué pasa?

Los de la FOM empezaron a huír. El fuego cesó. Carrión se adelantó con el revólver todavía humeante.

—Los de la FOM vinieron a asaltarnos. Mire cómo huyen. Por qué no los aprehenden?

El teniente de policía se le quedó viendo con sus ojillos grises.

—A tí es a quien voy a agarrar! A ver! Tire el revólver!

Carrión se quedó estático. A él? Por qué? No! El no iba a la cárcel! Dió media vuelta y trató de huír.

—Fuego!

Una descarga sonó brusca y Carrión se dobló poco a poco. Su espalda parecía una regadera de baño, su cabeza se enterró en el lodo.

Un disparo sonó aislado y lejos; el teniente de policía se llevó las manos al pecho y rodó por la calle. Se quedó junto a Carrión. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y quedó con la cara al sol...

La silueta de un jorobado se perdía lentamente...

cópula.

Los maizales cubrían los cuerpos. El cerro colorado dejaba ver su trueno graciosamente chueco, agitado por el viento de la noche. La luna jugaba al escondite tras el gris de las nubes.

Por el sendero que va al barrio de La Luz, un poco más allá de la fábrica, don Francisco y Estela caminan sin rumbo. La plática, saturada de anhelos y de fe.

—Pobre Carrión! De qué sirvió el acuerdo? Y eso que tenemos un gobierno revolucionario...

—No hay que hacerse ilusiones. Todos los gobiernos capitalistas son iguales, aunque algunos presuman de socialistas.

—Eso es. Por eso nuestra vida se me antoja un error.

—Por qué?

—Muchos han caído en la lucha. Qué se ha ganado? Se aumentaron los salarios y se reconoció al Sindicato derecho de inmiscuirse en los asuntos de la fábrica, pero eso se debe a que convencí a la Compañía. Si yo hubiera sido enemigo de ustedes, qué hubieran hecho?

—Es verdad que usted nos ha ayudado mucho, pero no sea presumido...

Estela rompió la seriedad del momento con su risa de cascabel.

—Con usted o sin usted —agregó— la lucha hubiera seguido hasta conquistar nuestros derechos.

Estela volvió a reír. Su blanca dentadura brilló con la luna y su vestido que el viento ceñía a su cuerpo, despertó el deseo.

—Qué hermosa eres, Estela.

—Sí? Lástima que no soy para usted. Otra vez la risa cimbró su pecho. Siguieron caminando por el sendero torcido. El deseo se volvía tenaz, enérgico, imperioso. La bestia sacudió al hombre.

—Qué tiene usted, don Francisco? Mejor nos regresamos.

—No. Lo que tengo es hambre de tí. Por favor, compadécete...

Don Francisco la cogió en sus brazos y la estrechó haciéndole daño. Estela se desasió del lazo y huyó. El le dió alcance. Forcejearon. La hembra se defendía

valientemente, pero la fuerza bruta del gachupín dominaba los ímpetus.

—Sea usted caballero!

—Solamente soy un hombre.

Tirados en el suelo mullido por las hojas. La lucha siguió. Estela desfallecía. Su mano encontró un objeto; era una recia vara que semejaba un bastón. Quién lo había dejado ahí? Estela no lo pensó. Fué un movimiento rápido. Se puso de pie dispuesta a defenderse.

Rayas rojas salpicaron la cara del español. Los golpes excitaron más el deseo. Macho y hembra. Los vestidos se hicieron pedazos, la carne, morena y pura, brilló a la luz. Estela seguía flagelando el cuerpo del hombre.

Y volvieron a caer en la yerba. El macho venció.

—Cobarde! Cobarde!

—Pégame! Pégame! Me gusta más así.

Estela cayó rendida. Se estremeció su cuerpo. La luna se ocultó entre las nubes casi negras. Ella también quiso gozar.

Una, dos, tres veces. Se poseyeron brutalmente y haciéndose daño. El, lleno de moretones y arañazos; ella, agotada, vencida, con sus ropas hechas trizas.

Cuando la lluvia cayó sobre los cuerpos laxos lavando la sangre, se besaron dejado empaparse. Y con la cara al cielo, refrescaron su sexualidad ardiente... El agua caía pertinaz.

la lista.

—Las tortillas, marchantita!

—Hay pulpa de tamarindo!

—Dos cinco. Dos cinco. A escoger. Pero miren qué montones de cebollas! Dos cinco.

—Plátanos? Mangos?

—A diez centavos el kilo de arroz!

El mercado se animaba. Las sirvientas con su canasta al brazo, hacían la compra cuotidiana. Estudiantes a caza de amor "gatuno".

Insinuaciones, requiebros. Por la empiada calle de Jalitic, bajaban las parejas. Alguien cruzaba la Plaza volteando incesantemente el rostro. Llegó al asfalto de la calle.

Enfrente, un edificio se alzaba con sus ventanas de hierro. Un soldado vigilaba la puerta. Algunas máquinas de escribir se sacudían. Soldados que entraban. La Guarnición.

El hombre azorado cruzó el zaguán. Probablemente era muy conocido porque el centinela no le marcó el alto.

Desde un puesto de tomates y frutas, dos ojillos vigilaban.

El hombre llegó al patio. Un patio cuadrado donde los soldados se amonta-

ban como racimos. Dormir. Roncar. Cantos, risas, insultos. Algunas soldaderas regañaban a su "juan" porque se había ido con otra. Energías estériles.

—Qué quiere?

—Hablar con el coronel!

—Ah! si es usted. Pase.

La puerta se abrió lentamente.

—Hola Reyes! Ya está el asunto?

Reyes bajó la cabeza.

—Si mi coronel.

—No te apenes muchacho. No te apenes. Prefieres la cárcel?

—Bueno. Aquí está la lista. Son los principales.

—Muy bien. Encárgate de cualquiera, eh?

Reyes saludó militarmente. Dió media vuelta y bajó las escaleras. Salió.

Dos ojillos espiaban desde un puesto de tomates y fruta...

FRANCISCO SARQUIS

un preso y un ahogado.

—Qué! Otra vez?

—Si! Si son los federales!

—No l'amueles.

—La verdá. Quien sabe qué quieran.

La nerviosidad y la excitación volvió a apoderarse de San Blas. Otra escaramuza? Los obreros se armaron.

—Por el flanco derecho... alttt!

Las manos golpearon las culatas.

—En su lugar... descansss!

—Orden del coronel Melquiades para que el señor Manuel Velasco nos acompañe.

—Por qué? —inquirió el aludido.

—No sabemos nada. Solamente que vaya usted con nosotros.

—No vayas, Manuel.

—No!

—Que no vaya!

Velasco volvió el rostro.

—Camarada —dijo— nada malo he cometido. Saldré airoso de cualquier maquinación. Si no voy, es probable que corra la sangre. Para qué? Son federales y traen consigna. Cuál será la otra? Mejor iré.

—Acuérdate de Carrión!

—Acuérdate de Cruz!

—No vayas!

Velasco agitó los brazos como en una despedida. Estela le vió alejarse y su corazón latió más rápido. Volvería Manuel? Los chiquillos de la Escuela brincaron a la calle.

—Adiós camalada!

Velasco volvió a despedirse. Una sonrisa vagaba en sus labios. Caminó por la calzada escoltado por los "sardos". Don Paco miraba con tristeza la escena. Fracasos. Fracasos. San Blas se queda-

ba triste e inquieto. Cuál era su porvenir?

Volvieron al trabajo. Ambiente saturado de pedacitos de algodón multicolores. Los telares volvieron a sacudir su marasmo. Las hiladoras "traquetearon". Ruido.

—Con que usted es Manuel Velasco?

—Si señor.

—Qué papel desempeñaba en la fábrica?

—Y en la actividad social?

—Secretario General del Sindicato.

—Muy bien señor comunista. Va usted a dar un pequeño viaje de placer a las "Islas Marías" para que se le bajen los humos. Eh?

El Coronel Jefe de la Guarnición lo miraba burlesco.

—Perros comunistas!

—Si! Perros amordazados por la fuerza que algún día romperán el bozal para morder.

—Llévenselo!

—Ora amigo, jálele pa'lante!

Empellones y culatazos. Manuel fué encerrado en un cuartucho sucio y mal oliente. Había sido excusado. Un centinela de vista. Insultos. Pan y agua. El calvario de la fe.

Velasco se encontró sólo y aislado, y como Leoncio, lanzó su grito de reto que sacudió el ambiente:

—Viva la Internacional!

Los soldados se miraron. Quién era? Alguno contestó indiferente.

—Es un pinche comunista...!

La una. El silbato de la fábrica anunció la hora del refrigerio. Los camaradas salían. La cascada de la Presa golpeaba incesante las rocas del arroyo. Algunas mujeres lavaban sobre las piedras.

Alguien observó el agua gris-verdosa donde brotaban las yerbas y los bejucos.

Un cuerpo flotaba. La cara y el vientre hinchados. Las ropas hechas trizas.

—Un ahogado!

—Un ahogado!

Se arremolinaron en el brocal de mampostería.

—Quién es?

—Hay que sacarlo.

Tres buenos nadadores chapotearon en el agua. El muerto fué arrastrado.

—Fidencio!

—Es el camarada Fidencio.

—Cómo se ahogaría?

—Pero si su ropa está hecha trizas!

—Esto es algún asesinato!

El cuerpo fué transportado al salón de sesiones. Alguna mujer compasiva encendió una vela y musitó una oración. Dolor. Tristeza.

Y Reyes, desde un rincón, con un ojo amoratado y un arañazo en su cara, observaba la escena entre una sonrisa in-

descifrable que burilaba nerviosamente en sus labios...

la protesta.

—Camaradas: Policías y Federales se unen para asesinarnos. La lucha es sofocada a la fuerza. Vamos a ser vencidos? Nunca! Demostremos a los canallas y a los asesinos que somos hombres de fe. Hay que desenmascarar la farsa revolucionaria que nos oprime. Reivindiquemos nuestros derechos! Viva la CSUM!

—Viva!

—Muchos compañeros han muerto víctimas de la reacción. Nuestro camarada Velasco está detenido. Pidamos su libertad!

—Si!

—Si!

—Protestemos por los atentados de que se nos hace víctimas!

—A Jalapa, compañeros! A protestar!

La manifestación se organizó rápidamente. Hombres, mujeres y niños. El rojo pendón sacudido por el viento, guiaba a la masa.

El himno brotó ronco y encendió los pechos:

Cantemos en tanto que silban las balas
y las explosiones se escuchen sonar,
ya flota en los aires luciendo sus galas
la roja bandera llamando a luchar...

La manifestación ondula y marcha. Desde que Velasco ha sido aprehendido, Reyes dirige. Sus órdenes son atinadas. Nadie lo ha nombrado jefe pero lo aceptan tácitamente.

—Estela, por qué no aceptas?

—No hablemos más de eso, Don Paco, que me voy a la manifestación. Déjeme!

—No te acuerdas de la otra noche?

—Sí, me acuerdo, fué un momento de satisfacción. Gocé. Fuimos felices un

instante. No quiero más. Le doy las gracias.

—Pero yo te prometo...

—Si! Ya sé. Pero no quiero nada. Adiós Don Paco.

La calzada se angosta, se ancha. El crucero está cerca. Las gargantas enronquecen:

Hundamos hermanos, palacios y dioses,
rompamos los hierros de la esclavitud,
cadenas al fango tiremos feroces,
ya basta de penas y de servitud.

Las calles de Jalapa muertas en esa hora de trabajo burócrata. La manifestación se detiene en cada esquina:

—Viva la CSUM!

—Abajo el capital!

—Compañeros: Ya es hora de levantarse. Demostremos ante el régimen de lo que es capaz el proletariado expoliado. Rechazemos las palabras paternales y vergonzosas que nos dirigen los

ricos de la revolución. Adelante camaradas! La hora se aproxima! El general Candelas, millonario y hacendado nos habla de revolucionarismo. Desenmascarémosle! El Gobierno del Estado traicionero y farsante, nos da de golpes! Gritemos nuestra protesta! Adelante! Siempre adelante!

—Viva la Internacional comunista!

—Arriba la juventud obrera de San Blas.

—Arriba!

Ahoguemos en sangre los viejos dolores,
la plebe explotada nos ha de seguir;
contra los tiranos y los opresores
juremos, hermanos, vencer o morir!

Por la esquina aparece un pelotón de federales.

—Alto!

—Mueran los esbirros!

—Un momento, compañeros! Camaradas soldados: —gritó Reyes adelantándose.

Los soldados lo contemplaron estupefactos. El teniente sonrió.

—Camaradas soldados, no dispareis a vuestros hermanos. No os hacen nada. Nada os quitan. Dejad que nuestra condición de hombres libres, tenga derecho de expresar sus ideas. Compañeros comunistas! Adelante! Siempre adelante!

Los obreros de San Blas se admiraron. Quién era Reyes? Qué bien sabía dominar el instinto y los impulsos criminales de sus eternos enemigos.

Los soldados dejaron libre el paso. La manifestación siguió su ruta.

No más al amo y al gobernante
por vil salario queremos servir;
ya no más la limosna humillante
ya no más suplicar y pedir...

—Viva la CSUM!

Las gargantas destemplaban chillonas; los cantos agitaban, las estrofas seguían brotando enérgicas:

Que al pedir pan por hambre acosado
al proletario con potente voz
el fusil del verdugo uniformado
le contesta mortífero y feroz.

—¡Alto! Una comisión que entreviste al Jefe del Sector para ver si logramos la libertad del compañero.

—Guarrrdia! Gente formada!

—Cabo de cuarto!

—Qué ocurre!

—Deseamos ver al Coronel.

—El Coronel no está. Vamos! A seguir su camino sin detenerse.

Y hasta el cuartucho cárcel de Velasco, llegaron fuertes los gritos de los camaradas:

—Exijimos la libertad inmediata del camarada Manuel Velasco!

—Viva la internacional comunista!

—Vivaaaaaa!

—Adelante! Adelante!

La manifestación recorrió las calles asustadas. Gritos, discursos, cantos...

Las fuerzas policiacas se acuartelaban. Detrás de los obreros, el pelotón federal resguardaba el orden.

Los obreros regresaban exhaustos por la caminata. Las calles se antojaban largas. Detrás de ellos, el pelotón federal seguía sus pasos. Las voces afónicas, cansadas.

Arriba los pobres del mundo,
en pie los esclavos sin pan...

—Viva el Sindicato Emancipador Revolucionario de San Blas!

—Vivaaa!

—Arriba el Supremo Gobierno!

Los obreros voltearon la cara. Provocación? La calle terminaba, había que doblar la esquina para entrar en la calzada de la fábrica. Enrique Vazquez tremolaba sin cesar la bandera roja. Se detuvieron.

—Adelante! Y no vuelvan porque les irá mal!

Enrique gritó al oído del Teniente:

—Viva la CSUM!

—Viva el Supremo Gobierno!

Enrique no pensó en la provocación ni en la probable tragedia. Se llevó el brazo a su boca y sacudió el ambiente con una ruidosa trompetilla.

—Mueran los esbirros! Canallas!

El teniente desenfundó su flamante 45 y vació el cargador. Enrique se dobló y el rojo pendón cubrió su cuerpo. La sangre manaba en abundancia. Todavía tenía el brazo pegado a sus labios y una sonrisa burlona se quedó prendida en ellos. Los soldados rieron...

la traición.

Los obreros y obreras de San Blas, discuten acaloradamente. Reyes habla desde la Presidencia:

—Compañeros: Nuestra lucha ha sido un fracaso. Cuatro años de anhelos incesantes. Qué hemos logrado? Muchos han caído. Caeremos todos si seguimos por este sendero equivocado. Cambiemos la orientación, seamos razonables. Los de la FOM han conquistado muchos derechos y sin sacrificios. Volvamos atrás antes de que sea tarde.

—No!

—Nunca!

—Adelante!

Un grupo de obreros irrumpió en el salón. Sus rostros contraídos, sus manos empuñadas. Entre ellos, Pedro mece su cuerpo aplastado en el vaivén de sus chuecas piernas.

—Camaradas, el compañero Arriola les va a decir algo!

El jorobado se encaramó en la banca cercana y gritó sus palabras mientras sus ojos inyectados se movían en todas direcciones:

—Obreros comunistas: Antonio Reyes os está incitando a la traición. Antonio Reyes es un traidor. El nos ha vendido, ha sido un gran canalla! Maldito! Desde que llegó morimos como perros. El asesinó a Fidencio, él tiene la culpa de la muerte de Carrión. Velasco está preso. Castiguemos a este miserable!

Antonio Reyes se asustó, empezó a temblar y la sangre se le resbaló a los pies.

—Yo? Porque os hablo razonadamente soy un traidor? Porque busco vuestro bienestar?

—Si? Aquí está la prueba en este papel! Es un recado que le envió el Coronel Melquiades.

—A ver?

—Desde un principio sospechamos de él. Lo hemos vigilado. Ahora estamos seguros.

Sería posible? Reyes traidor? Pero no cabía duda. Ahí estaba la prueba. La ley del talión. El era el único culpable de tantas muertes y de tantos fracasos. Su merecido... Su merecido...

—Cerdo! Te voy a despellejar!

—Linch! Linch!

—Maldito! Muerdes la mano de quien te socorrió!

Los hombres se excitaron. Reyes trató de defenderse. Pálido y cobarde en su traición. Lo sacaron a empellones. Las mujeres arañaron su rostro.

—Fusílenlo!

—Mátenlo! Perros rabiosos no deben vivir!

Las caras rojas de ira e indignación. Gritos, insultos. Lo arrastraron por la calle enlodada. Los hombres se volvieron bestias. El miserable! El traidor! Patadas y golpes. Arañazos, aullidos de coraje y de rabia. Llegaron a la presa.

Subieron a los blancos escalones, donde una frase de Marx asaltaba los ojos. De pronto, alguien llegó gritando:

—Los federales! Los federales! Hay que matarlos! Nos querrán aprehender!

—Dónde?

—Vienen cerca. Acaban de atravesar la vía. Pronto!

Los obreros corrieron por sus armas; se parapetaron tras de las puertas, en las ventanas, tras las rocas. Arrastraron al traidor que gemía y suplicaba perdón. Hasta Estela, roja por la ira, le escupía sus palabras de odio y lo golpeaba. Bestias. Coraje. Rabia.

Los federales llegaron. Saltaron de los camiones. La traición preparada por Reyes. Una descarga comunista diezmó a la tropa. Qué? Así los recibían?

—Fuego!

—Viva el Sindicato Emancipador!

—Arriba el Gobierno constituído.

La lucha se hizo sangrienta, tenaz. Muertos. Muertos. Reyes fué empujado al centro de la calle Trató de huír.

—Ahí va su amigo. Canallas!

Los soldados dispararon. Los obreros hicieron fuego. Reyes cayó convertido en una piltrafa humana.

Gritos. Disparos. Insultos. Provocación. Una sombra se arrastraba, queriendo llegar a la roca donde Estela se guarecía.

—Estela! Estela!

—Don Paco!

—Sí! Yo que vengo por tí. Por qué no te vienes conmigo? Son muchos los soldados. Te van a matar. Yo te prometo...

—Sí! Ya sé, pero... no me llama la atención.

Don Francisco se enjugó una lágrima:

—Adios!

Estela no le hizo caso, seguía disparando su rifle, con rabia y con odio. Muertos. Muertos.

Pedro el Jorobado fué el primero en caer. Cayeron mujeres... Algún pequeño camarada agitaba sus bracitos en la agonía larga y penosa. Sus gritos de dolor inflamaban los pechos.

—Malditos esbirros!

—Cobardes!

—Fuego!

Los soldados también doblaban sus cuerpos. Hecatombe. Pancracio Rodríguez resbaló junto a Estela. Ella lo vió caer. El le sonrió y la muerte le robó la sonrisa. Estela apretó furiosa su rifle. Tiros... tiros.

El parque se acababa. Qué hacer? Estela cogió el revólver de Pancracio. Sólo un cartucho! Apuntó largo rato. Sonó un tiro más y un sargento se quedó tendido con la cara al sol. Una descarga

cerrada y Estela se llevó las manos al pecho. Se arrancó su vestido ensangrentado. Se subió a la roca, agitó sus ropas llenas de sangre como un nuevo pendón. Desnuda. Sus senos moviéndose inquietos, su carne morena incitante. En pie sobre la roca gris, como erecta divinidad.

—Adelante camaradas! Adelante! En pie los esclavos del mundo!...

Otra descarga. Cayó de bruces y se estrelló en las piedras del arroyo...

La negra chimenea de la fábrica, se levantaba enérgica, como un gigantesco índice que señalaba al cielo una perfidia...

Y en ese cielo gris de cobardía, parecía quedar flotando una canción insinuante y un grito de esperanza...

INDICE

Esta obra fué impresa en los talleres tipográficos de la Editorial Gleba por obreros de la "Unión de Artes Graficas" y la carátula de la misma fué realizada por el artista veracruzano Julio de la Fuente.

editorial GLEBA